

ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

TOMO LVI - AÑO 2022
SEPARATA TEMÁTICA

ABORÍGENES DE LA PATAGONIA



BUENOS AIRES

ANALES DE LA ACADEMIA
NACIONAL
DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

TOMO LVI – AÑO 2022

SEPARATA TEMÁTICA

**ABORÍGENES DE LA
PATAGONIA**



BUENOS AIRES

Braunstein, José

Aborígenes de la Patagonia. Separatas de Anales de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires: / compilación de José Braunstein. – 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN

1. Ciencias Sociales y Humanidades. I. Título.

CDD 300.2

Director de Anales
Académico Dr. José Braunstein
Consejo Asesor de Anales
Académicos Dr. Mariano N. Castex y Dr. Roberto J. Walton
Secretaría de Publicación
Karina Líbano
ANALES

Dirección-E: info@ciencias.org.ar // www.ciencias.org.ar

Dirección postal: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires/
Av. Alvear 1711, 3º Piso – C1014AAE – CABA – República Argentina

© Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

PRESENTACIÓN
COLECCIÓN DE SEPARATAS TEMÁTICAS
ANALES DE LA ACADEMIA NACIONAL DE CIENCIAS DE BUENOS AIRES

La Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires fundada en 1935 tiene como misión promover las actividades científicas en el país y proveer asesoramiento multidisciplinario independiente sobre cuestiones atinentes a las ciencias, la técnica y su filosofía. Una forma de promover las actividades científicas nacionales es crear un ámbito de difusión del conocimiento a través del dictado de conferencias, realización de encuentros, talleres y congresos. En este contexto, lo publicado en esta *Colección de Separatas temáticas* se origina en sesiones de Plenario, de realización mensual, en las que en forma alternada los Académicos titulares y correspondientes dan conferencias sobre sus disciplinas. Estas publicaciones pasan a conformar los Anales de la Academia y pueden ser consultadas online.

Es importante destacar el carácter interdisciplinar eje de las presentaciones, ya que nuestra Academia está compuesta por siete Secciones que dan riqueza y permiten estudiar los temas desde distintas aristas. Estas secciones son: Derecho y Ciencias Sociales y Políticas; Medicina, Veterinaria y Ciencias afines; Ciencias Exactas y Naturales; Ingeniería, Arquitectura y Artes; Ciencias Económicas; Filosofía, Educación y Letras; Historia, Sociología y Antropología. Y a su vez en la Academia tienen sede 8 Centros o Institutos, relacionados a cada disciplina, y en los que participan investigadores de reconocida trayectoria.

Además de destacar el aspecto multidisciplinario de las conferencias merece atención especial la independencia de las opiniones, que son respetadas bajo la consigna de priorizar los datos científicos y comprobables, que sirvan de fuente fidedigna para la sociedad.

Dra. Damasia Becú de Villalobos
Académica presidente

La publicación de los trabajos de los Académicos y disertantes invitados se realiza bajo el principio de libertad académica y no implica ningún grado de adhesión por parte de otros miembros de la Academia, ni de ésta como entidad colectiva, a las ideas o puntos de vista de los autores.

PRÓLOGO

MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA CUESTIÓN SOBRE LAS TIERRAS ABORÍGENES EN LA ARGENTINA

Desde hace tiempo, a raíz de distintas acciones desplegadas desde el activismo indianista afiliado políticamente con ciertos estamentos del Estado y amparado en una interpretación del texto constitucional, preocupa a la opinión y a algunos medios oficiales de la República la añeja cuestión de los pueblos aborígenes y de las tierras que les pertenecen. Esa preocupación se refleja en artículos periodísticos, diversas acciones judiciales y de manifestación pública; y, sobre todo, en lo que podríamos llamar una “excitación” de las redes sociales en las que incontables cibernautas discuten, opinan y se contradicen en diversos foros digitales variopintos. A veces algunos mensajes manifiestan sensatez y erudición, pero con frecuencia mayor aparecen afirmaciones disparatadas, teorías sin fundamento, y las descalificaciones e insultos característicos. Recordamos una consulta que nos realizaron hace años sobre el uso de la palabra “aborigen” seleccionada para el título del primer trabajo en este libro, que para una persona con veleidades de etimólogo –fatigaba los teclados afirmando que había identificado la sílaba inicial “-ab” con una presunta preposición latina-- significaba un hiriente y despectivo “sin origen”, con la consecuente indignación de muchos indígenas e indigenistas. Una elemental explicación sobre la gramática de la lengua madre de nuestro castellano* fue suficiente para

* **Nota Bene:** El latín elemental que me enseñara la recordada Corina Corchón en los primeros años del Colegio fue suficiente para resolver aquella cuestión. En efecto, la quinta edición del diccionario *Spes* (Editorial Barcelona, 1960) enumera nueve acepciones para la polisémica preposición latina de ablativo *a-* (*ab-* ante



disolver el error, aunque nunca pudimos confirmar si nuestra exposición fue convincente frente a la autoridad descomunal de la pantalla deslumbrante. Sin duda la anécdota podría ser integrada en lo que hoy se denomina “los peligros de los medios masivos de comunicación”, donde eruditos de la nada y emisores de opiniones no requeridas difunden de manera ilimitada expresiones que muchas veces descuidan lo verdadero y verificable para dictaminar a capricho lo que está bien y lo que está mal, instaurando la tiranía de la ignorancia y la corrección política, que son hoy las tendencias predominantes en los foros digitales.

Como trasfondo y denominador común del tema de la relación con los indígenas, tanto en nuestro país como en el resto de las naciones de América resalta la importancia que se asigna a la historia de la ocupación territorial en el proceso de formación del Estado. Sin embargo, a pesar de ese aspecto común, deben destacarse las marcadas diferencias entre esas historias, resultantes tanto de las particularidades de las diferentes regiones del doble continente como de las distintas contingencias sociales y políticas circunstanciales que atrave-

vocal o consonante lateral; raramente *abs-* ante oclusiva áptico-dental) y tan sólo en algunas palabras compuestas significaba “alejamiento” o “privación”. Nuestro “aborigen” proviene de un término que ya aparece en la *Política* de Cicerón con el mismo significado que posee en el castellano usual: cuando en latín *ab-* se adjunta a la raíz –“*origo*” se puede traducir como “desde el origen” u “originario”. La comisión de redacción del inciso 17, artículo 75, de la Constitución Nacional reformada en 1994 se apartó de la lengua común y seleccionó un sinónimo menos connotado: la forma estrictamente adjetiva “originarios” para complementar el sustantivo “pueblos” que denota el carácter colectivo de los derechos enunciados. De ese modo perdió el efecto de intensidad que logra por redundancia la antigua preposición en nuestra bella palabra castellana, efecto que además hubiera concordado y reforzado la declarativa “preexistencia étnica y cultural” del mencionado inciso constitucional.



saba en el momento del contacto cada uno de los países en formación, así como también de la idiosincrasia particular de cada uno de los pueblos indígenas que se subordinaba de manera voluntaria o forzada al marco jurisdiccional del Estado. En el territorio de la Argentina actual y en función de los factores enumerados, además de la historia de los indígenas de *Patagonia* deberían distinguirse al menos las de otras tres regiones: en primer lugar, preeminente política y cronológicamente, el *Noroeste* que coincide con la Gobernación colonial del Tucumán y fue uno de los elementos jurisdiccionales constituyentes de nuestro país, cuyos procesos de ocupación ocurrieron durante la conquista y la colonia tempranas; en segundo lugar el *Gran Chaco*, cuyos indígenas protagonizaron su historia de pérdida de soberanía sobre el territorio en los períodos tardío colonial y decimonónico finisecular; y, por fin, la región de las *Misiones* cuya población indígena actual, binacional como la patagónica, está marcada por una configuración formada a partir de la expulsión de los Jesuitas y las luchas civiles posteriores a los procesos de independencia. En cada una de esas cuatro regiones fue genéricamente distinto el resultado del contacto que desembocó en diferentes formaciones demográficas y en también distintas características de la relación entre los enclaves aborígenes y la sociedad envolvente.

En la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires debatimos los temas que preocupan al cuerpo social por medio de nuestras herramientas reglamentarias; y fue así que durante 2022 dos ilustres académicos dictaron sendas conferencias sobre el tema de las tierras indígenas en la Patagonia. La óptica



de los historiadores, aplicada rigurosamente en ambas exposiciones, uniforma los escritos que por su actualidad separamos de los Anales de aquel año para este volumen temático. El Dr. Alberto Riccardi del Museo de La Plata, uno de los mayores paleontólogos de nuestro país, es también una de las personas más versadas en el universo de Francisco Pascasio Moreno, el fundador de la famosa institución en la que se formó como académico destacado. Es desde la perspectiva histórica que tiene punto de fuga en la mirada del “Perito Moreno”, actor principalísimo de la incorporación de la Patagonia a nuestra República, que el científico traza la historia de las relaciones con los indígenas. Diferente es el caso del otro testimonio del volumen en el que el Dr. Eduardo Crivelli, arqueólogo y prehistoriador de notable trayectoria, con muy reconocidas investigaciones en Pampa y Patagonia, realiza un recorrido etnohistórico sistemático por las principales fuentes para el conocimiento de los aborígenes del “País de las manzanas”, núcleo protagónico de las cuestiones que ocupan hoy a la atención pública. Resultarán particularmente interesantes para el lector tanto las coincidencias entre ambas historias, como sus desacuerdos originados en las intersecciones del esbozo particular propio de la perspectiva adoptada por cada uno en la visión de esta compleja cuestión.

Efectivamente, aunque su objeto sea común las dos conferencias que editamos no son absolutamente coincidentes. Lejos estamos de proponer una versión oficial de la historia que sería ajena a la tradición de libertad académica de la corporación universitaria. Nuestra idea es acercar elementos de juicio más genuinos y autorizados a la opinión común que los



que le propone la propaganda callejera, o las redes sociales que son su equivalente actual. Desde su creación hace casi noventa años la Academia de Ciencias, animada por ese mismo espíritu de solidaridad comunitaria, ha ido publicando de manera esporádica separatas de algunos resultados surgidos de sus reuniones internas. Con este pequeño volumen estamos inaugurando ahora una colección de “Separatas” dirigida a complacer dicha vocación corporativa de manera sistemática.

Este libro habla de la “cuestión indígena” en la Patagonia porque el tema instalado en estos días parece justamente una *cuestión*, una pregunta cuya respuesta no atina a pronunciar la conciencia colectiva del cuerpo social, debatiéndose confundida entre el prejuicio y la ignorancia que rodean a los hechos traumáticos que condujeron a la situación actual. Porque no sólo la “dialéctica de las redes” pasa por alto la enorme complejidad de la cuestión indígena en nuestro país, sino que también la ignorancia caracteriza a los despachos detentados por políticos que, con frivolidad manifiesta y guiados por grupos de interés, hacen, deshacen, regulan y ejecutan las leyes que pretenden encauzar el comportamiento colectivo. Con frecuencia la Justicia fracasa cuando intenta resolver sus casos sin asesoramiento experto mediante el conjunto de categorías ambiguas o mal definidas que caracteriza a la legislación. Es por ello que el conocimiento científico del contexto histórico y social de la cuestión contenciosa que divide y preocupa al conjunto de la sociedad, junto al pendiente desarrollo interpretativo y de integración del novedoso plexo normativo que en nuestro país pretende regular la relación del conjunto de



las poblaciones indígenas y el Estado, parecen cada vez más necesarios.

La ciencia ha demostrado que cada pueblo -aunque sea ágrafo- posee una historia cincelada en la consciencia colectiva que narra algunos de los selectos acontecimientos que le ocurrieron, y a veces dichos acontecimientos involucran a otros pueblos caracterizados por una siempre distinta consciencia colectiva, lo que habilita el esfuerzo para la construcción intersubjetiva de esa aspiracional historia universal. No obstante, es un hecho que cada pueblo posee una historia propia, y esa historia particular exclusiva, síntesis colectiva de la memoria individual transmitida a través de las generaciones de manera oral o documental es la faz inexcusable de cada colectivo étnico y la razón de ser de su identidad. Esto excluye de la categoría a ciertas mistificaciones de fines crematísticos: grupos sin articulación social que el razonamiento militante posmoderno amalgama mediante el sustento conceptual de un común sentimiento identitario caprichosamente definido como “*autopercepción*”, verdadero artificio construido a partir del maridaje entre la olvidable introducción de un libro de antropología y ciertos conceptos turbios acuñados por la psicología post freudiana. La frivolidad de nuestras clases políticas, cuya intelectualidad hegemónica proviene del activismo y la militancia, toleró que tales conceptos falaces se filtren en nuestras leyes y hasta sustancien los censos que habilitan a los mencionados mistificadores a formalizar categorías sociales inexistentes. En efecto, no puede fundamentarse la norma en categorías definidas de modo subjetivo sin atentar así contra la



condición imprescindible de *previsibilidad* que de modo inevitable deben ostentar las leyes.

La reacción de la calle, adormecida por el canto de sirenas habitual de la progresía políticamente correcta prevaleciente en los medios de comunicación, no era perceptible cuando comenzaron los reclamos sobre terrenos del Ministerio de Defensa (“militares”), de gente ubicada en los estamentos elevados de la pirámide social, de inversores extranjeros, etc. Sin embargo, esa reacción se agudizó cuando los presuntos indígenas realizaron actos posesorios o vandálicos sobre infraestructura o espacios públicos. Resultó especialmente irritante para la opinión vecinal -amplificada ahora por el periodismo y las redes sociales que se alimentan de las voces discordantes- la reivindicación de tierras públicas o que figuraban como pertenecientes a instituciones estatales en las que de manera notoria no estuvieron asentados indígenas durante el período de muchos años sobre el que se conserva memoria. También provocó enojo el reclamo sobre terrenos privados que, habiendo sido adquiridos de forma regular por particulares, contaban con títulos perfectos. Muchos casos hoy han sido llevados a la Justicia, pero se necesitaría una aclaración sistemática de las leyes plagadas de ambigüedad para que los jueces con apoyo de opinión experta, tanto en cuestiones históricas como identitarias, puedan contar con los elementos que les permitan fallar de manera correcta.

Uno de los argumentos más utilizado en la discusión, reiterado incluso por políticos y en actos legislativos, insiste en que los mapuches no son indígenas argentinos, sino chilenos, y por lo tanto no deberían ser considerados entre los pueblos



discriminados positivamente por nuestra Constitución en su versión reformada de 1994. Esta afirmación revela una insólita simplificación de la historia y la confusión conceptual generalizada que uniforma al conjunto normativo que se refiere a la cuestión indígena. Sin resignar el hecho de que la Nación argentina se considera heredera del virreinato colonial del Río de La Plata y, por lo tanto, debería reconocer la “preexistencia étnica y cultural” a los descendientes de toda la población autóctona correspondiente a ese territorio jurisdiccional, una aclaración sobre el concepto de “araucanización” de la Patagonia, destacado en las exposiciones de los académicos, nos permitirá tal vez prologar sus trabajos.

Ciertamente existió y subsiste hasta hoy un importante colectivo étnico autodenominado “mapuche”, o “araucano” en nuestra lengua, que desde comienzos de la historia colonial se encuentra asentado en Chile en una franja transversal -entre la Cordillera y el mar- que reconoce como límite norte el cauce del río Bío-bío. La población autóctona así conocida ha mantenido desde el contacto inicial un conflicto intermitente con el Estado chileno -primero colonial y después republicano- que se continúa hasta hoy en una suerte de resistencia étnica o, dependiendo del lado desde el que se lo mire, de latente guerra civil. Además, ese pueblo agrícola con demografía profusa también ha influido de manera considerable en calidad de sustrato étnico sobre las costumbres y modos de los otros habitantes de la República de Chile hasta el punto de condicionar incluso la forma de hablar el castellano de los ciudadanos de ese país. Por otro lado, dicho pueblo también logró hacer sentir su influencia en los territorios orientales trans



cordilleranos en los que hace medio milenio habitaban pueblos de distinto origen cultural que solemos clasificar por su modo de vida como cazadores y recolectores. En efecto, como explican los historiadores, a lo largo de los siglos y posiblemente en gran medida a causa de la presión hispano-criolla, sectores del mencionado pueblo mapuche cruzaron las montañas y se relacionaron, ya de manera violenta, ya pacífica, con la gente que vivía del lado atlántico de la cordillera, logrando difundir en todos ellos su idioma característico, la “lengua mapuche” o “*mapudungún*” -que se convirtió en *lengua general*- e imponer muchos de sus usos y costumbres. En algunos casos esa relación condicionó la desaparición de los indígenas de este lado de la cordillera, pero en otros prevaleció la base demográfica local. Así, desde un punto de vista cultural el conjunto actual de los indígenas en la Patagonia argentina configura hoy una suerte de complejo étnico en el que predominan la lengua y cultura llegadas del oeste; aunque, con frecuencia, sobre los modos más aparentes aflora el sustrato cultural y demográfico de los antiguos cazadores y recolectores. Resulta singularmente elocuente en ese sentido la identidad de los “Pampas” descritos en la provincia de Buenos Aires por los Jesuitas de mediados del XVIII, cuya lengua -una variante del *mapudungún*- registrara durante el siglo siguiente, entre otros, el mismísimo Juan Manuel de Rosas. Es evidente entonces que no deberíamos considerar chilenos a todos los indígenas que hablan hoy la *lengua general* mapuche.

En definitiva, consideramos que la comprensión incrementada de la historia de la frecuentemente traumática relación entre los diversos colectivos indígenas con el Estado, que



cuestiona a la opinión en estos días y ocupa -en el caso de la región patagónica- a los disertantes del presente volumen, puede contribuir a clarificar el debate y las políticas públicas que guíen hacia la justicia y den respuestas que colaboren para una equitativa, sana y constitucional integración de los indígenas como la parte aborigen de “aquellos hombres del mundo que quieren habitar en el suelo argentino.”

Dr. José Braunstein
Académico director de Anales

**LOS ABORÍGENES EN LA PATAGONIA
EN LA ÉPOCA DE F.P. MORENO
SIGLOS XIX Y XX**

**Académico sitial Francisco P. Moreno
Dr. Alberto C. Riccardi**

Conferencia ofrecida en la Academia Nacional de
Ciencias de Buenos Aires en sesión plenaria del
31 de octubre de 2022

*LOS ABORÍGENES EN LA PATAGONIA EN LA ÉPOCA DE
F.P. MORENO, SIGLOS XIX Y XX*

Alberto C. Riccardi
Museo La Plata, ANCSA

1. Etnias aborígenes y aculturación

Cuando en 1873 Moreno inició sus viajes de exploración a la Patagonia la confrontación con los aborígenes, iniciada con la llegada de los primeros colonizadores españoles al actual territorio argentino, llevaba casi cuatro siglos y se hallaba próxima a una definición.

El desarrollo de tales hechos, durante esos cuatro siglos, constituyó un caso más de los numerosos procesos de aculturación producidos en la historia de la humanidad, como resultante del contacto entre culturas diferentes. En tales casos siempre hay una cultura que es preponderante con respecto a otras en función de sus componentes económicos, políticos, sociales y culturales. Tal preponderancia se expresa en el balance final del número de componentes transferidos, en forma natural u obligada o por apropiación voluntaria, entre ambas culturas.

Se ha estimado que a la llegada de los españoles en el Siglo XVI había en el actual territorio argentino aproximadamente 330.000 aborígenes distribuidos en unos veinte grupos étnicos que culturalmente correspondían a dos o tres conjuntos principales: cazadores, agricultores y pesca-



dores. Algunos de estos grupos eran de naturaleza belicosa y otros relativamente pacíficos. Esto en definitiva era un reflejo de la existencia de distintos mundos indígenas y confirma que “es falso afirmar que hubo un solo mundo indígena, cuando en realidad fueron varios, distintos y hasta contrapuestos” (Sule, 2007, p. 19).

Hasta el Siglo XIX en la Patagonia argentina había, según la clasificación de Escalada, tres grupos étnicos: tehuelches, fueguinos y mapuches o araucanos, de los cuales solamente los dos primeros eran autóctonos.

Si bien el poblamiento inicial de la Patagonia registra antecedentes de c. 130.000 años, las primeras evidencias concretas en la Patagonia del llamado “complejo Tehuelche”, alcanzaría entre 11.000 y 4000 años (Martínez Sarasola, 2005, p. 33). Para cuando llegaron los españoles los tehuelches se dividían a su vez en: Tehuelches de la tierra firme y los Tehuelches insulares, los que se hallaban distribuidos desde al norte de la Patagonia a Tierra del Fuego.

2. Densidad poblacional aborigen en la Patagonia

El número y características de los aborígenes existentes en la Patagonia antes de 1870 han sido estimados de manera variable por diferentes viajeros de la época.

Según escribió d’Orbigny en 1829 los aborígenes de la Patagonia entre 1809 y 1812 habían quedado reducidos a la mitad debido a la viruela y en ese momento eran c. de 8000 a 10000, divididos en grupos. Sobre tal base



calculó, con relación a la superficie total de la Patagonia que había 1 aborígen cada tres leguas.

En 1870, según observaciones de Musters (1871) había entre el río Negro y el Estrecho de Magallanes unos 500 combatientes, con una población total de 3000 individuos y el número de tehuelches puros, hombres, mujeres y niños, en la Patagonia no excedía de 1.500. Señaló, además que la población disminuía rápidamente debido a las enfermedades y el aguardiente. De ser este número correcto y considerando que toda la Patagonia al sur del río Negro abarca c. 700.000 Km² resulta que la densidad poblacional al sur del río Negro era de 0,002 personas por Km².

Para Hatcher (1903, p. 81) a fines del Siglo 19 entre el río Santa Cruz y el Estrecho de Magallanes vivían “trescientos tehuelches”, y si bien destacó que fueron un pueblo más numeroso (...) consideraba que difícilmente superaran en algún momento los cinco mil y para 1903 no se sabía con certeza si quedaban más de quinientos de ellos en toda la Patagonia”.

Por su parte Beerbohm (1879, p. 55-56, 62), un explorador inglés que en 1877 hizo un recorrido entre Puerto San Julián y Punta Arenas, calculó que su número entre el río Negro y el Estrecho de Magallanes apenas alcanzaba a 3000 y que a la adición a la bebida se debía la rápida disminución en sus números y que si la mortandad entre ellos seguía al mismo ritmo en poco tiempo desaparecerían totalmente.



Es de señalar que en la segunda mitad del Siglo XIX el número exacto de aborígenes se hizo difícil de evaluar, pues estos lo aumentaban en función de destacar el poder de cada facción y de obtener mayor cantidad de raciones, al tiempo que los militares y representantes del gobierno lo hacían en función de destacar sus logros y por los “negocios” que hacían con el sistema de raciones.

En tal sentido es de remarcar la diferencia en números que registró Moreno en Quem-quem-tréu antes de escapar de Caleufú, a fines de enero de 1880, cuando los jefes aborígenes decían que había 800 hombres y él sólo contó 480.

Para el 2003 según Casamiquela (2003, p. 46), “no quedaba un solo tehuelche puro; la lengua tehuelche septentrional se había extinguido en 1960 y solamente quedaba una media docena de hablantes de la meridional. (...), unos 150.000 parlantes de araucano en Chile y 10.000 en la Argentina, con absoluta probabilidad todos portadores de genes blancos (...)”.

La baja densidad poblacional de la mayor parte de la Patagonia, sumada a la aridez de sus mesetas barridas por fuertes vientos llevó a considerar la región como un desierto, en función de la acepción del término como “lugar, paraje, sitio despoblado de gente” (Raone, 1969, p. 159), aunque el término también fue interpretado ideológicamente como un espacio “vacío de civilización” (Bandieri, 2005, p. 14-15).



Objetivamente el desierto patagónico era y es un hecho concreto y no fue “construido”, como algunos han sostenido (López, 2003, p. 122), sobre la base de supuestos ideológicos o por una desertificación producida por quienes desde fines del Siglo XIX fueron a trabajar esas tierras.

Pese a que la mayor parte de la Patagonia se hallaba deshabitada, Neuquén desde la época prehispánica, fue un área de convergencia entre las diversas corrientes poblacionales que, provenientes de la Patagonia austral, de Cuyo, la Patagonia septentrional, Chile o la Pampa, se asentaron e iniciaron contacto entre ellas.

3. Los aborígenes a fines del Siglo XVIII, en las invasiones inglesas y en los primeros años de la independencia

En el norte de la Patagonia y en la pampa húmeda, el ganado vacuno y caballar se había multiplicado enormemente desde su introducción, con la llegada de los españoles, y constituía la fuente de abastecimiento tanto de los aborígenes como de los pobladores de Buenos Aires y otros asentamientos similares.

Para 1700 este ganado se había reducido y a partir de 1730 estaba limitado a establecimientos ganaderos próximos a poblaciones, como Buenos Aires, los que se convirtieron así en proveedores para las mismas.

La exportación y el contrabando se constituyeron en el único recurso al que recurrían los aborígenes para su alimentación y el comercio que mantendrían con Chile. Así estos comenzaron a robar ganado en las estancias



existentes en el norte de la provincia de Buenos Aires, sur de Córdoba, San Luis y Mendoza, transformándose de cazadores en depredadores. De hecho, uno de los primeros malones se produjo en 1737 en la zona de Arrecifes y para 1780 los aborígenes habían atacado Chascomús, Rojas, Melincué y Lujan.

Pese a ello a fines del Siglo XVIII en el norte de Buenos Aires no había mayores problemas con los aborígenes y existía una relación pacífica con los Pampas o Puelches, establecidos allí aproximadamente en 1670, quienes habían reemplazado a los querandíes. Se trataba de un grupo aparentemente intermedio entre los tehuelches septentrionales y otros grupos de más al norte, como los guaraníes del litoral.

Fue en el Siglo XVIII que se hizo el primer convenio con los caciques más pacíficos, los pampas de las sierras de Tandil y Ventana, cuyos caciques más famosos en el Siglo XIX serían los Catriel, lo cual les permitió asentarse al norte del río Salado a cambio de facilitar información sobre eventuales incursiones de otros aborígenes. La dinastía de los Catriel tendría así su origen en un proceso de transculturación producido entre mapuches y tehuelches septentrionales a fines del Siglo XVIII. La posterior incorporación de varios grupos mapuches en el Siglo XIX convertiría a los “catrieleros” en uno de los grupos de aborígenes más importantes de la pampa.

La situación se complicó después de la Revolución de Mayo, tanto en el río de la Plata como en Chile, a pesar de la abolición de la esclavitud, de la Encomienda y de la



Mita y de la posterior Declaración de la Independencia, lo cual derivó en conflictos y en el rechazo de parte de los aborígenes a las nuevas autoridades republicanas.

En Chile los Araucanos - entre ellos los borogas - se dividieron, unos a favor de los realistas y otros de los independistas y estos últimos lo hicieron a su vez de acuerdo a las facciones políticas a las que adscribían. Una situación similar se dio al este de la cordillera, donde los aborígenes participaron por un lado u otro, a veces intercambiados en el tiempo, en los enfrentamientos entre las diferentes facciones políticas que se originaron después de la independencia, las que culminarían a mediados del Siglo XIX con los enfrentamientos entre unitarios y federales y después de 1853 entre la Confederación y la Provincia de Buenos Aires.

Al mismo tiempo, a partir de la Revolución de Mayo se produjo, debido a la apertura del libre comercio y a la presión recaudadora de un Estado enfrentado a guerras de distinto tipo, un cambio en los intereses económicos de Buenos Aires. De un orden mercantilista, basado en el intercambio comercial entre los puertos españoles y los centros mineros del Alto Perú se pasó a la expansión de la economía ganadera.

La militarización y la ruralización de las bases del poder produjeron la emergencia de una clase terrateniente y de los caudillos. Por otra parte, la participación de las clases populares en las invasiones inglesas y dentro y fuera de los cuerpos armados nacidos con la revolución,



favoreció una trayectoria política de signo igualitarista y republicano.

A partir de 1815 se inició una verdadera guerra civil con levantamientos en el interior, especialmente en la región del litoral con los caudillos Estanislao López (Santa Fe), Francisco Ramírez (Entre Ríos), además de Artigas (Uruguay), los cuales en muchos casos buscaron la alianza de parcialidades aborígenes del norte y oeste de Buenos Aires.

La conversión de Buenos Aires de centro comercial en centro ganadero hizo que los estancieros fueran avanzando y saliendo del marco de protección de los fortines. Por otra parte, la valorización de los productos ganaderos hizo aumentar la población proveniente de Chile cuyo comercio ilegal se incrementó notablemente al igual que los malones que lo aprovisionaban.

La expansión de la producción ganadera implicó la necesidad de incorporar nuevas tierras. Así en 1817 varios estancieros, entre ellos J.M. de Rosas (1793-1877), poblaron más al sur avanzando más allá del río Salado y en 1818 se fundó los Toldos Viejo, luego llamada Dolores. Esta y otras poblaciones (Azul, Bahía Blanca, Patagones) se convertirían con el tiempo en centros de intercambio comercial entre los nuevos pobladores y los aborígenes.

4. Inicio de la Araucanización

Los mapuches o araucanos provenían del actual territorio chileno, de la región entre el río Choapa y el



archipiélago de Chiloé, donde desde el Siglo XVI habían librado una cruenta lucha contra los españoles, lucha que continuó durante los siglos siguientes y se fue extendiendo paulatinamente al este de la Cordillera en lo que hoy es el territorio del Neuquén y de Mendoza en Argentina.

Esta presencia e influencia mapuche al este de la cordillera, alcanzó importancia entre 1780 y 1840 y se extendió, de manera pacífica o violenta, en la cual resultó decisivo el dominio del caballo y de armas como las boleadoras de las que disponían los mapuches y que fueron tardíamente adoptadas por los tehuelches. El uso del caballo a partir de la primera mitad del Siglo XVIII, resultó en el reemplazo del arco y la flecha por la lanza. De esta manera las tribus tehuelches allí existentes, sin perder totalmente su individualidad, se vieron sometidas a reagrupamientos, al mestizaje y a la redefinición de adscripciones étnicas, adoptando progresivamente el modo de vida, lengua y cultura mapuche, en otro claro ejemplo de aculturación. Todo lo cual determinó la virtual disolución de la cultura tehuelche en el norte de la Patagonia.

Como resultante las tribus que habitaban el norte de la Patagonia pasaron a ser, en su mayor parte, diferentes ramas de la cultura Mapuche, con nombres en lengua mapuche que cambiaban de acuerdo a la región que ocupaban.

Así los mapuches llamaron Picunches a la gente ubicada más al norte, Pehuenches a los que vivían en la zona de los Pehuenes del faldeo andino, puelches a los



Gününa Küne ubicados más al este y huliches a los que se encontraban más al sur. También aplicaron la denominación de tehuelches a los Aóni Kënk que vivían en las tierras áridas o estériles del sur

Los Tehuelches meridionales, naturalmente pacíficos, combatieron en las décadas de 1810 y 1820 en defensa de sus áreas de caza, de las que se apropiaron los mapuches después de vencerlos en las batallas de Tellien, Languiño y Pietrochofel. De especial importancia fue la batalla de Languiño. Allí el cacique mapuche Chocory, de origen chileno, que había llegado manifestando su propósito de comerciar pacíficamente, rodeó y sorprendió a los desprevenidos tehuelches, que fueron vencidos en una batalla de tres días de duración, tras lo cual los vencedores se apoderaron de mujeres y niños (Maggiori, 2002, p. 19). De allí el nombre "Languiño", que los tehuelches dieron a ese sitio, que en su idioma quiere decir "Lugar de los Muertos". Eso marcó el comienzo del fin de los tehuelches.

La unión entre los vencedores mapuches o manzaneros, y las cautivas tehuelches dio lugar al comienzo de la fusión de los dos grupos en el norte de la Patagonia. Así Valentín Sayhueque (c. 1825- 1903), con quien entabló relación Moreno en la década de 1870, era hijo del cacique mapuche Chocory y de una mujer tehuelche (cf. Vezub, 2009, p. 145).

En el norte de la Patagonia la población aborigen no estaba concentrada físicamente, sino que se ubicaba de acuerdo a los recursos disponibles y su lógica territorial se



manifestaba en la estrategia de ocupar todos los caminos vecinos o con conexión a la frontera cordillerana.

Así el País de las Manzanas en el sur del Neuquén era un verdadero centro comercial donde llegaban partidas indígenas, cristianas o mestizas las cuales debían satisfacer pagos y requisitos para que se les permitiese continuar hacia Argentina, Chile, la Araucanía o el interior patagónico. Los intercambios no se hacían entre etnias y los negocios entre las casas comerciales de Patagones, Valdivia y los caciques, y de estos entre sí, no diferían de los sostenidos por cualquier hacendado fronterizo. Así los objetivos comerciales condicionaron la política indígena y el comercio fue la actividad que mejor penetró la autonomía patagónica desde fines del Siglo XVII.

Dentro de este conjunto Caleufú estaba ubicado estratégicamente pues no sólo era la puerta de entrada de las raciones al país de las manzanas sino el camino al paso cordillerano de Mamuil Malal.

5. Aborígenes realistas y revolucionarios: los hermanos Carrera y los Pincheira

Luego de la derrota de los patriotas chilenos, el 2 de octubre de 1814, en la batalla de Rancagua, los borogas que los habían apoyado se refugiaron en la Argentina. Estos eran originarios de Boroa o Voroa, Carhué, Chile, entre los ríos Cautín y Toltén y cerca del volcán Villarrica y habían tomado partido por el exdirector Supremo de Chile General José M. Carrera, en contra de B. O'Higgins.



San Martín los envió a San Luis, desde donde se trasladaron posteriormente a la región de Guaminí y de Salinas Grandes, esta última ubicada en la actual provincia de La Pampa, cerca del límite con la provincia de Buenos Aires, a la altura de Carhué.

La presencia de los borogas en esta zona se extendería en el tiempo. Algunos, de posición realista, bajo el mando del gran cacique Mariano Rondeau, se establecieron en Masallé, cerca de la laguna de Epecuén y casi inmediatamente comenzaron a efectuar malones en el sur de Buenos Aires.

Para 1829-1833 se había instalado cerca de la laguna Epecuén la tribu Boroga del cacique Coliqueo, quien entabló relaciones pacíficas con Rosas, las que mantendría posteriormente con Urquiza y que lo llevaría finalmente a ponerse al servicio del ejército argentino en el cual alcanzó el grado de coronel.

Por su parte, el general José Miguel Carrera (antiguo Director Supremo de Chile), enfrentado con O'Higgins y con San Martín por cuestionar la organización del ejército de los Andes, en 1818 buscó refugio en las tolderías de los ranqueles, aborígenes de origen araucano (huilliche) o pehuenche araucanizado que habitaban al sur del río Quinto - centro-norte de la actual provincia de La Pampa - y la parte sur de las de San Luis y Córdoba, lugar al que se habían trasladado a fines del Siglo XVIII desde los valles cordilleranos y desde el cual hacían incursiones al sur de Mendoza, San Luis, Córdoba, Santa Fe y Buenos Aires.



Carrera en su afán de reunir fuerzas para regresar a su país se alió a los caudillos del litoral Estanislao López y Francisco Ramírez, enfrentados con Buenos Aires, y al amparo de los enfrentamientos de 1820, que dejaron desguarnecidas las fronteras, entre noviembre y diciembre dirigió malones contra poblaciones como Lobos y Salto, aunque fue abandonado por López y Ramírez y finalmente derrotado en Mendoza, donde fue fusilado por orden del gobernador Godoy Cruz.

Otros caudillos de los aborígenes transandinos fueron los cuatro hermanos Pincheira, pertenecientes a una familia acomodada de Chile, que habían recibido instrucción militar en España y que en 1818 se aliaron a araucanos y pehuenches y grupos de guerrilla realista y se asentaron en Epulauquen, al este de los Andes.

Entre 1828 – 1830 los Pincheira convirtieron sus tolderías en Epulauquen en un refugio de aventureros, desertores, matreros, montoneros y perseguidos por causas políticas o escapados de la justicia de Chile, creando un foco de conflictos cuya máxima importancia se dio en 1829, cuando las tropas federales abandonaron Mendoza y se establecieron en el sur de Córdoba para participar de las guerras entre unitarios y federales. El 21 de mayo de ese año llegaron incluso a atacar Carmen de Patagones.

Los Pincheira y sus aliados fueron aniquilados en 1832 por un ejército chileno, comandado por el general Manuel Bulnes, veterano chileno de la guerra de la independencia, que al frente de dos mil hombres penetró en territorio argentino y logró destruir a éstos en su



campamento de Epulaufquen. Así, luego de fusilar a Pablo Pincheira, sorprendió el campamento de José Pincheira, entre los ríos Atuel y Salado, donde murieron muchos partidarios de este y numerosos aborígenes aliados.

6. Comercio aborígen a través de los Andes

El comercio aborígen hacia el oeste andino se efectuaba usando el llamado “camino de los chilenos”, que pasando por Carhué, Salinas Grandes y al oeste de la actual ciudad de General Acha, seguía hasta Pichi Mahuida en el río Colorado, de allí a Choele-Choel y luego por el río Negro hasta el lugar, más tarde llamado Confluencia, donde se le unía el río Neuquén, y cerca del cual se halla hoy la ciudad de Neuquén. Esta ruta seguía luego por los ríos Limay y Collón Cura hasta los lagos Aluminé y Moquehue y cruzaba el límite con Chile por el Paso de Icalma. Parte de este camino lo hizo Moreno (1942, p. 25) a mediados de diciembre de 1875 para seguir el río Limay y al hacerlo menciona que era el “Camino de Chile”, por donde pasaban los animales robados en las pampas, que después de una serie de trueques terminaban engordando en “los alfalfares de los hacendados chilenos”.

También existió otro camino, usado por los Ranqueles para llevar el ganado robado en el sur de Córdoba y San Luis, tal como lo registró en 1806 Luis de la Cruz, alcalde del Cabildo de Concepción en Chile, en su recorrido entre Ballenar (Chile) y Melincué.

Dicho camino, desde Melincué, cruzaba el Chadi-leuvu a la altura de la actual localidad de Limay Mahuida,



de allí seguía por el oeste de la actual provincia de La Pampa y cruzando el ángulo sudeste de la actual provincia de Mendoza llegaba al río Colorado y luego a los ríos Neuquén y Rañileufu para entrar en Chile por el norte del Neuquén, a través del Paso de Pichachen-Buta Mallín, al oeste de la actual ciudad de Chos Malál.

En el sector chileno de Valdivia las curtiembres se complementaban con destilerías asociadas, en las que se producía aguardiente para pagar el ganado proveniente del oriente andino. El mercado de Pitrufquen, en una encrucijada de caminos a orillas del río Toltén, oficiaba como plaza de transferencia de carne y cueros para los consumidores chilenos.

Este tráfico era muy lucrativo para los compradores e intermediarios y llegó a ser considerado “normal” y a ser tolerado por autoridades de niveles inferiores, tanto en Chile como en el sur de Mendoza.

Para la década de 1870, en la zona del río Agrio en Neuquén con control del paso de Buta Mallín y con acceso a los centros comerciales de Chillan, Concepción, Arauco, los Ángeles y Linares, en Chile, existió una localidad denominada Malbarco o Valvarco, dominada por el cacique Purrán, que llegó a alcanzar 600 habitantes, que servía de centro de comercio a algunos hacendados provenientes de Chile, para facilitar el traslado de hacienda a ese país.



7. Los aborígenes y el surgimiento de Juan Manuel de Rosas

Al ocupar Las Heras el gobierno de Buenos Aires entre 1824 y 1826, mandó a Juan Lavalle en 1824 a enfrentar a los aborígenes, a los que venció en las lomas de Marín el 14 de julio de 1825, pero ante la continuidad de los malones Las Heras formó una comisión pacificadora integrada por Lavalle, el Ing. Felipe Senillosa y el coronel Juan Manuel de Rosas.

Para ese entonces los gobiernos de Santa Fe y Córdoba habían hecho gestiones de paz. Esto dio lugar a dos parlamentos con los pampas, borogas y ranqueles, uno en Tandil y otro, el 20 de diciembre de 1825, en la laguna del Guanaco, 30 leguas al norte de Salinas Grandes.

Este último acuerdo, en el cual Rosas fue actor importante, permitió delimitar una línea de fronteras desde el cabo Corrientes, pasando por las sierras del Volcán, Tandil hasta Cruz de Guerra (actual 25 de Mayo) para terminar en la laguna del Potroso (inmediaciones de Junín), la cual fue guarnecida con fortines. Los ranqueles se comprometieron a no incursionar más allá de los fortines protectores de Córdoba, San Luis y Mendoza.

A cambio se daría a los aborígenes "el alimento y los vicios" que necesitasen. De esta manera no se impidió la continuidad del tráfico con Chile y se implementó una modalidad, que se prolongaría en décadas posteriores, por la cual los caciques mantendrían una relativa paz mientras recibiesen puntualmente el tributo acordado. Este sistema fomentaría por un lado el escaso interés por el trabajo



productivo y por otro, irregularidades que beneficiaban a algunos comerciantes y a funcionarios de los gobiernos provinciales y nacional. Pese a ello en el invierno de 1826 hubo malones en Salto, Arrecife y Dolores.

La entrega de vituallas sería cumplimentada regularmente y Buenos Aires proveería casi siempre los aportes de yeguas, alcohol, tabaco, yerba y azúcar fijados en los convenios, salvo circunstancias especiales, como la guerra con el Brasil durante la presidencia de Rivadavia (1826-1827). Eso provocó una reacción de los caciques, que atacaron Salto, Arrecifes, y Dolores, la que finalizó cuando Rosas, comandante de campaña, designado por el Gobernador Manuel Dorrego, reanudó las entregas en 1827.

El posterior derrocamiento de Dorrego y su fusilamiento tras ser derrotado, junto a Rosas, en la batalla de Navarro y el enfrentamiento entre Lavalle y Rosas, i.e. entre unitarios y federales, llevó a este último a movilizar aborígenes aliados en el sur de Buenos Aires. Ello dio lugar el 28 de marzo de 1829 a un enfrentamiento en Las Vizcacheras, donde el coronel unitario F. Rauch fue derrotado, y degollado por los aborígenes que respondían a Rosas.

El intercambio comercial entre la pampa, la región de Cuyo y Chile, existente desde la época colonial y que se había mantenido después de la independencia se incrementó a partir de 1830. Para ello existió en la zona del arroyo Chapaleofú (actual partido de Rauch) un lugar en



el que se hacía una gran feria comercial en la que participaban aborígenes de diferentes procedencias.

8. Los aborígenes y la política de Rosas

El 8 de diciembre de 1829 Rosas, fue designado Gobernador y comenzó a aplicar a los aborígenes una política disociadora, fomentando las intrigas entre ellos, haciendo pactos con los más pacíficos y atacando militarmente a los más agresivos. Así dividió a las aborígenes en “amigos” o “aliados”, y enemigos, lo cual hizo que las diferentes parcialidades aborígenes estuvieran a favor o en contra de Rosas, se enfrentaran entre sí y comenzaran a participar, en muchos casos a favor del mejor postor, en los conflictos internos posteriores.

La política de Rosas, entre 1829 y 1852, denominada “Negocio Pacífico de Indios”, por el cual tribus aliadas de las fronteras se comprometían a la defensa de los campos bonaerenses, garantizaba en gran medida al control de las salinas, de importancia para los saladeros, y respondía a los intereses de los terratenientes pampeanos, y a los propios, ya que Rosas era uno de los más importantes empresarios saladeriles.

Los pactos o tratados de no agresión permitieron el asentamiento de “indios amigos” en lugares elegidos, con sueldos y raciones, que se fueron incrementando, de animales, víveres, alcohol y otros elementos, y que también incluyeron designaciones militares, a cambio de una actitud pacífica, de informar sobre novedades en la campaña y contribuir a la defensa contra eventuales



invasores. Entre ellos había informantes que, junto con comerciantes inescrupulosos, mantenían informadas, de la situación dentro de las fronteras, a las tribus que hacían malones desde fuera de las mismas.

Pero tales pactos no siempre fueron duraderos pues los aborígenes obtenían más beneficios mediante incursiones y acciones de pillaje sobre poblaciones indefensas. Por otra parte, existía también el incentivo de obtener cautivas, que contribuían a poner de relieve, con su número y los hijos que les daban, su importancia y su poder,

Este sistema iría evolucionando a través del tiempo, de manera tal que mediante sucesivos tratados los aborígenes recibieron sueldos y raciones de manera regular. Esto dio lugar a un aumento de la interacción social, económica y política con representantes del gobierno y con emplazamientos bonaerenses, como lo fue Carmen de Patagones para las tribus de la región del Neuquén.

Patagones tenía una base social compuesta por mestizos y aborígenes, en la cual los ranchos periféricos se mezclaban con los toldos donde vivían parientes de los protagonistas de los malones. Las “transacciones” beneficiaban generalmente a los comerciantes allí existentes, en detrimento de los intereses de los mismos aborígenes, mientras que los ganados robados en los malones servían para abastecer a los pobladores locales.



El sistema de racionamientos y la firma de tratados dio lugar a la incorporación de la escritura al funcionamiento de las elites aborígenes, factor necesario para la gestión exitosa de las raciones gubernamentales, y para cualquier otra tratativa con los agentes estatales y los hacendados (Vezub, 2009, p. 45-47). La adopción de la escritura castellana en una sociedad de fuerte tradición oral fue una de las adecuaciones más significativas a las necesidades planteadas por el contacto con las sociedades estatales. La praxis de la escritura contribuyó al ordenamiento y al disciplinamiento de las elites de las tolderías. Es de notar que fuera de los topónimos, onomásticos, deícticos y asignaciones étnicas, casi no hay palabras indígenas en los 137 documentos relevados de la Secretaría de las Manzanas (Vezub, 2009, p. 57).

9. Los aborígenes de la época de Rosas: Calfucurá, Ranqueles, Chocory, “Indios Blancos”

En 1831, tras su llegada al sur de Buenos Aires, el cacique Martin Toriano, pehuenche chileno, realista pero enfrentado con el cacique Mariano Rondeau, luego de varios malones fue tomado prisionero y fusilado en Bahía Blanca por fuerzas del gobierno de Rosas. Este hecho, llevaría a las acciones de Masallé en las que Calfucurá, que supuestamente había sido amigo de Toriano, asesinó a Rondeau y a otros caciques boreanos de tendencia realista.

Con su acción hábil y solapada Calfucurá llegó a constituir una Gran Confederación Indígena, que comenzaría su apogeo a partir de 1845. Para ello explotó primero



las diferencias entre unitarios y federales, luego la Guerra con el Paraguay, y posteriormente las diferencias entre Buenos Aires y la Confederación.

De esta manera se llegó a la completa araucanización de la pampa. Así se estableció una complicada red de vínculos de las distintas parcialidades aborígenes, pehuenches, vorogas, ranqueles, tehuelches, araucanos, tanto en la lengua, como en las costumbres y aspectos raciales y produjo una serie de conflictos interétnicos que incluyeron matanzas. Paralelamente durante medio siglo se produjeron los malones más grandes de la historia y el país no logró el dominio de su territorio.

La presencia entre los aborígenes de los denominados “indios blancos” (cf. Martínez Sarasola, 2014, p. 382) complicó aún más todas las tratativas. Tales “indios” estaban conformados por un “conjunto de personas que ‘se contaron por miles’” y “que vivían en las tolderías participando de la forma de vida indígena y que permanecían allí por su propia voluntad o bien en un cautiverio laxo”. Incluían: refugiados de toda clase y situación, blancos, delincuentes, matreros, montoneros y desertores, exiliados políticos, gauchos alzados, cautivos de diferentes edades, mujeres que pasaban a ser esposas, cautivas que optaban por quedarse, afrodescendientes y extranjeros que optaron por quedarse a vivir en las tolderías.

A todos estos problemas contribuyeron también los llamados lenguaraces, cuya función era de servir de traductores simultáneos en parlamentos y reuniones y detentaban así el control de la comunicación favoreciendo



a quien les parecía conveniente. Muchos de ellos eran mestizos chilenos que pasaban de un lado a otro de la frontera entre los dos países, y vestían y vivían como aborígenes, pero no lo eran ni querían serlo.

10. Rosas y la campaña al desierto de 1833

El fracaso de los pactos de no agresión, de las medidas defensivas y de las acciones militares focalizadas llevaron a la conclusión de que la única manera de terminar con el problema era acabar con los atacantes. Para lo cual se consideró que solamente la implementación de campañas militares de amplia envergadura podía responder adecuadamente a la situación planteada. A este criterio respondieron las expediciones realizadas por Juan M. de Rosas en 1833 y por Julio A. Roca (1843-1914) en 1879 y muchas de las acciones punitivas llevadas a cabo durante esos cincuenta años. Ello “conto con el apoyo explícito de la totalidad de los estamentos políticos, económicos y sociales de la época (...)” (Bonatti y Valdez, 2015, p. 19).

En 1832 los ranqueles, incitados por Chocory incrementaron el número de malones en Mendoza, San Luis y sur de Córdoba y las legislaturas de las dos primeras provincias pidieron a Facundo Quiroga que atacase a los aborígenes con la “División de los Andes”.

Por su parte, para septiembre de 1832 Juan M. de Rosas, que entre 1830 y 1832 había comenzado a afirmar su poder, elaboró un plan de “conquista del desierto”.

Este plan cubrió un frente de c. 1500 km, desde el Atlántico a la cordillera y comprendió el avance de tres



columnas: una al mando de J. F. Aldao, con 800 soldados, contra los araucanos del sur de Mendoza, debía llegar hasta la confluencia de los ríos Limay y Neuquén; otra comandada por J. Ruiz Huidobro, lugarteniente de Quiroga, con 1000 soldados, contra los ranqueles de Yanquetruz debía avanzar por la pampa central del sur de San Luis y Córdoba, hasta el río Colorado; la oriental al mando de Rosas, con 2000 soldados y con el apoyo de entre 300 y 600 aborígenes al mando de los caciques pampas Catriel y Cachul debía, una vez asegurada la neutralidad de los borogas, avanzar hacia el sur de Buenos Aires, llegar al río Colorado y por “el camino de los chilenos”, desalojar a Chocory de Choele Choel y dirigirse al oeste para encontrarse con las otras dos columnas.

Además, se había pedido la colaboración del gobierno chileno cuyas tropas penetrarían por los ríos Neuquén y Negro para perseguir a los aborígenes chilenos. Este acuerdo, que hubiera significado la ocupación de Neuquén por Chile y la posterior pérdida de la franja cordillerana ubicada más al sur, que conectaba con la zona del Estrecho de Magallanes reclamada por Chile, no se concretó debido a sucesos relacionados con la política interna de Chile.

El comando general le fue otorgado a F. Quiroga, designado por San Juan y Mendoza y aceptado por las demás provincias, aunque finalmente no participó de las operaciones, y solamente ejerció su mando desde San Juan sobre las columnas del centro y oeste, que actuaron en general de manera independiente.



El 9 de enero de 1833, Rosas fue designado “Comandante General de la Campaña” por el gobernador J.R. Balcarce y como tal fue el jefe de la expedición de la provincia de Buenos Aires y aunque fue el real estratega e ideólogo de toda la campaña, ésta en su conjunto careció de dirección.

Mientras tanto el 3 de enero de 1833 la nave de guerra inglesa “Clio” tomó posesión de las islas Malvinas (Raone, 1969, p. 457).

Las operaciones se iniciaron el 22 de marzo de 1833. El objetivo era la eliminación total de los aborígenes en toda la región y la incorporación de esos territorios al Estado nacional.

Rosas estimó que enfrentarían a unas 2000 lanzas. En su proclama de partida dijo: " "llego el día deseado, en que, reunido el poder de los cristianos de una y otra banda de la gran cordillera, dome por fin a los barbaros vagabundos o los confine a las ingratas regiones del polo" (cf. Raone, 1969, p. 431).

La columna oriental al mando de Rosas tenía como objetivo alejar a los aborígenes de las estancias sureñas y avanzar hasta el río Colorado y luego seguir por las márgenes del río Negro para unirse a las otras columnas y llegar al país de las Manzanas. Ante el escaso apoyo del gobierno nacional recurrió a los recursos de quienes se verían beneficiados, los suyos y los de sus amigos estancieros.



Rosas salió de San Miguel del Monte y avanzó hacia el sur y luego de que se concretara la neutralidad de los borogas y se le unieran 600 hombres de las tribus de Catriel y Cachul, entre otros, y dejando importantes contingentes aborígenes a su retaguardia, el 1 de mayo llegó a la Fortaleza Protectora Argentina (Bahía Blanca), donde se enteró del regreso de la División del Centro y de que no había noticias de Aldao.

Fue su vanguardia, al mando del general A. Pacheco, la que llegó al río Negro, derrotó al cacique Payllaren y su tribu y llegó a la isla Choele Choel el 3 de julio. Allí no halló a Chocory, pero logró apoderarse de su coraza de cueros y sable, la primera luego depositada en el Museo de La Plata donde actualmente se exhibe.

Pacheco siguió la persecución de los restantes aborígenes por el río Negro e incluso por los ríos Limay y Neuquén, sin mayores resultados, pues los parciales de Chocory habían pasado a Chile.

Rosas siguió a Pacheco y el 10 de mayo hizo su cuartel general en Médano Redondo, en proximidades de lo que hoy es Fortín Mercedes, en la margen izquierda del río Colorado. En este campamento lo visitó Darwin, quien realizó numerosas observaciones y comentarios, destacando que “la guerra se dirige principalmente contra los indios de las cordilleras, pues la mayoría de las orientales engruesan el ejército de Rosas. Pero el general (...) pensando sin duda, que sus amigos de hoy pueden ser sus enemigos de mañana, cuida de llevarlos siempre a la



vanguardia, para hacer que muera el mayor número posible de ellos” (Darwin, 1962, p. 104).

Rosas dio por terminada su campaña aproximadamente un año después de iniciada, el 25 de marzo de 1834, con una proclama a sus tropas. Según su informe murieron unos 3200 aborígenes, 2000 de ambos sexos fueron hechos prisioneros y se rescataron entre 600 y 1000 cautivos.

Sin embargo, por el fracaso de las columnas occidental y central las parcialidades aborígenes de Neuquén y Chile no se vieron afectadas, lo cual se reflejó en la prosecución de los malones durante 1834, especialmente en la región entre los ríos Cuarto y Quinto. Por otro lado, la línea de frontera siguió estando muy por detrás de los puntos alcanzados, la mayor parte de los cuales – incluyendo Choele Choel, fueron luego abandonados.

No obstante, la campaña logró descomprimir la frontera bonaerense y las estancias de la región de la presión que ejercían las tribus que Rosas no controlaba, hecho acrecentado por la realización de tratados, a cambio de costosos tributos.

Los hacendados bonaerenses que fueron el sostén económico de la expedición militar, recibieron como contraprestación donaciones de tierras, al igual que Rosas y la cúpula militar que lo acompañó.



11. Aborígenes, Unitarios y Federales

El 17 de abril de 1835, con la suma del poder público, Rosas comenzó, su segundo gobierno y continuó las luchas contra los unitarios, en las que los aborígenes jugaron un papel importante como aliados o adversarios. Por ello siguió fomentando intrigas entre las diferentes parcialidades aborígenes, los pactos con algunas de ellas y las dádivas o la acción militar directa con otras.

Calfucurá, luego de traicionar a los voroganos y asesinar a su cacique Mariano Rondeau en Masallé, se constituyó, con la anuencia implícita de Rosas, en dueño y señor de las regiones habitadas por los aborígenes. Rondeau y sus vorogas se habían hecho pasibles de la animosidad de Rosas por su posición realista, por su alianza con los ranqueles y por la protección que daban a los unitarios fugitivos.

Así un grupo bien definido de aborígenes chilenos logró la supremacía sobre todo el resto de las tribus, con excepción de los ranqueles.

Calfucurá – un Huilliche nativo de la zona de Pitrufquén, entre el lago Colicó y el volcán Llaima, en Chile que se reconocía como chileno- habría llegado a la Argentina a principios de la década de 1830 y se estableció en Salinas Grandes entre 1834 y 1841. Decía haber venido aproximadamente en 1831, por llamado de Rosas, y trajo desde Chile a su mujer e hijos y se comprometió con Rosas, en el tratado de las “Paces de la estancia del Pino”, firmado a fines de 1835 y ratificado en 1846, a no hacer



malones sobre la frontera y a defender esta del ataque de otros grupos aborígenes. Obtuvo a cambio el grado de coronel, y como tributo, una contribución mensual en yeguas y vacas, pese a lo cual en ocasiones sus malones atacaron a las poblaciones de la frontera, a veces con su conformidad e incluso participación.

De esta manera los “indios amigos” a las órdenes de Rosas (Serramone, 1993, p. 121), estuvieron encargados de resistir cualquier invasión desde el oeste y se beneficiaron de la disponibilidad de vacunos y caballares provenientes de las tierras confiscadas a los oponentes a su gobierno.

En definitiva, las acciones de Rosas se dirigieron contra los ranqueles y los vorogas, con la ayuda de Calfucurá, y en 1836 se produjo la mayor cantidad de bajas aborígenes después de la campaña de 1833.

Gracias a esta relación con Calfucura, se produjo una paz relativa en la frontera sur. Lo cual no impidió que Calfucurá, con su habitual duplicidad, en agosto de 1837 atacase Bahía Blanca, y el 20 de agosto de 1839 Tapalqué.

La incapacidad de las elites rioplatenses para mantener sus diferencias circunscriptas al interior de su propio mundo originó la participación de las clases populares. Así Rosas dedicó sus mayores esfuerzos a consolidar sus apoyos y extender su influencia entre los sectores de la población con menos recursos, dentro de un marco de disciplina social y consolidación de grupos propietarios.



Los enfrentamientos internos del país afectaron a las guarniciones de los fortines que quedaron en manos de milicianos inexpertos, incorporados a la fuerza. La situación dio lugar a malones de chilenos, neuquinos o ranqueles que atacaron a las casi indefensas poblaciones y estancias de la frontera. Así durante la década de 1840 siguieron los ataques de los ranqueles en el sur de Córdoba y San Luis.

Hasta el mismo Calfucurá, que contaba con una población de 13000 aborígenes y 3000 lanzas (Raone, 1969, p. 520) y se había mantenido pacífico en cumplimiento de su acuerdo con Rosas, aprovechó la grave situación que debía afrontar este gobernante, debido a la falta de hombres y armas, para que sus salineros se apoderasen de hacienda mal cuidada

Entre 1821 y 1848 se produjeron 32 enfrentamientos y fueron muertos 6900 aborígenes, entre ranqueles, vorogas, araucanos, tehuelches y pehuenches, de los cuales solamente en 1833 murieron 3600 (50%). (cf. Martínez Sarasola, 2005, p. 235, 499)

12. Tras la caída de Rosas: los aborígenes, la Confederación vs. Buenos Aires; Cepeda y Pavón.

Tras la caída de Rosas, los caciques pampas, entre ellos Juan Segundo Catriel y Cachul, que habían luchado a favor de Rosas, se negaron a reconocer a las nuevas autoridades. Por otro lado, a las tolderías llegaron ahora prófugos federales, así como antes habían llegado los unitarios.



Calfucurá, por su parte, comenzó a asolar las pampas de la provincia de Buenos Aires, especialmente después de que, el 11 de septiembre de 1852, se produjo la ruptura entre Buenos Aires y la Confederación, y luego de que estableció una virtual alianza con Urquiza, pese a que se hacía pagar raciones por Buenos Aires. Así, por más de 20 años siguió dominando la pampa a discreción.

El enfrentamiento entre la Confederación y Buenos Aires, que se prolongó hasta la batalla de Pavón en 1861, condujo a la virtual indefensión de la frontera sur de Buenos Aires. Las tribus aborígenes tomaron parte en la lucha fratricida, ya sea en un bando o en otro según su conveniencia del momento, para luego asolar la campaña al regreso a sus tolderías.

Calfucurá que había tomado partido por la Confederación realizó un gran malón por el centro de la provincia en febrero de 1852 y condujo otro sobre Bahía Blanca el 6 de abril del mismo año. El 13 de febrero de 1855 al frente de 5000 aborígenes atacó Azul, asesinando a 300 pobladores y tomando 60000 vacunos y 150 familias cautivas.

Las fuerzas de Calfucurá, Coliqueo y Catriel derrotaron a Mitre el 30 de junio de 1855 en Sierra Chica.

Chillar, Juárez y Tandil fueron atacados en septiembre y el comandante N. Otamendi y 124 hombres fueron masacrados en San Antonio de Iraola, a 5 km de la actual ciudad de Juárez, el 13 de septiembre de 1855, Por su parte



Yanquetruz al frente de 3000 aborígenes atacó Tandil el 21 de septiembre de 1855.

Aunque la Constitución de 1853 en su Art. 67, inc. 15, mandaba “conservar el trato pacífico con los indios”, para 1855 la opinión pública se había convencido de que para terminar con las invasiones, muertes y cautivos y las enormes pérdidas económicas era necesario destruirlos. Nadie consideraba que tuviesen derecho alguno debido al hecho de que en su mayor parte procedían del otro lado de la cordillera y por lo tanto se los consideraba extranjeros.

A comienzos de 1857 Calfucurá, secundado por ranqueles y con un total de dos mil hombres de pelea, efectuó varios malones sobre Pergamino y 25 de Mayo, con grandes pérdidas materiales y el rapto de 300 cautivas. Los ataques siguieron en 1858, y el 19 de mayo de 1859, al mando de mil quinientos lanceros, atacó Bahía Blanca, y en noviembre de 1859 Azul.

El 23 de octubre de 1859 unos 1100 aborígenes participaron en la batalla de Cepeda, en la que las fuerzas confederadas, comandadas por Urquiza, vencieron a las tropas de Buenos Aires lideradas por Mitre.

El 10 de noviembre de 1859 se firmó el pacto de San José de Flores y se restableció la normalidad entre la provincia de Buenos Aires y la Confederación. Mientras tanto Calfucurá siguió maloneando en Lobería y Azul.

En 1861 Buenos Aires entró nuevamente en lucha con la Confederación, con el apoyo de Baigorria y sus seguidores, quienes reiniciaron sus malones esta vez



contra las zonas confederadas. El 17 de septiembre de 1861 Baigorria y Coliqueo y su tribu participarían en la batalla de Pavón apoyando a Buenos Aires, a diferencia de la postura adoptada en la batalla de Cepeda, mientras que Mariano Rosas y Epumer apoyaron a Urquiza. En esa batalla Mitre venció a Urquiza, y así concluyó la lucha fratricida que se había prolongado por nueve años. Coliqueo fue designado “Cacique Principal de los Indios Amigos y Coronel Graduado” (cf. Martínez Sarasola, 2005, p. 252). Muchos partidarios de la Confederación buscaron refugio en las tolderías. Mariano Rosas y Baigorrita buscaron aliados circunstanciales en los jefes de las montoneras que en las distintas provincias se revelaban contra el poder central.

La prosecución de los disturbios en el interior fue aprovechada por los indígenas para reanudar sus incursiones. En ese momento, entre los ranqueles de Mariano Rosas, y las fuerzas pampas y los araucanos provenientes de Chile, sumaban unos cinco mil setecientos lanceros.

Entre 1852 y 1862 hubo en las provincias argentinas 117 revoluciones y se libraron 91 combates (Sule, 2007, p. 275).

13. La guerra con el Paraguay y la ley de avance al río Negro. Presidencia de Sarmiento.

Con el comienzo de la guerra con el Paraguay, el 25 de marzo de 1865, las fronteras quedaron nuevamente desguarnecidas y durante 1866 los ranqueles al mando de



Mariano Rosas asolaron el sur de las provincias de Córdoba, San Luis y Mendoza. En febrero de 1867 ranqueles y chilenos atacaron Olavarría. En abril de 1868, Calfucurá al frente de dos mil aborígenes, en su mayor parte chilenos, atacó el sur de Córdoba, y en mayo Tres Arroyos, rompiendo la paz en la que se había comprometido.

En esos años se construyeron varios fortines y la situación de las fronteras comenzó a mejorar, en gran medida debido a la ampliación de las líneas férreas, la apertura de caminos y la instalación del telégrafo.

Ante la presión de la opinión pública el Congreso aprobó, el 13 de agosto de 1867, la Ley 215, por la cual se decidió que el Ejército Nacional ocupara la ribera del río Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro y desde allí al mar. La ley preveía otorgar a las tribus que se hallaban entre la frontera existente y la fijada todo lo que fuese necesario para establecerse de manera pacífica. Los espacios serían establecidos mediante convenios con las tribus que se acogiesen voluntariamente y sería fijado unilateralmente por el gobierno para las que no lo hicieran. En el caso de que se resistieran se las desplazaría al sur de los ríos Negro y Neuquén.

El cumplimiento de esta ley no pudo efectivizarse de manera inmediata debido a la guerra con el Paraguay. Solamente se haría efectiva en 1879. Y daría origen a la Ley 954 de creación de la Gobernación de la Patagonia en la región comprendida entre el río Colorado y el Cabo de



Hornos, con capital en Mercedes de Patagones (hoy Viedma).

El 12 de octubre de 1868 asumió la presidencia D.F. Sarmiento, cuya gestión progresista permitiría realizar una verdadera transformación del país.

14. Calfucurá: últimos malones, batalla de San Carlos, ocaso y muerte.

Mientras tanto Calfucurá preparaba un gran malón, para lo cual trató de reunir la mayor cantidad de lanzas incluyendo un gran número llegado de Chile. En marzo de 1872 apareció en la frontera, en la región de 9 de Julio, 25 de Mayo y Alvear, al frente de dos mil aborígenes. Marchó hacia La Verde donde se le sumaron más hasta alcanzar más de tres mil hombres, organizados en tres columnas. Fue la invasión más grande efectuada hasta entonces y marco la cima del poderío de Calfucurá.

Enfrente las fuerzas nacionales, también en tres columnas, al mando del general I. Rivas, sumaban unos mil seiscientos hombres, incluyendo ochocientos aborígenes de Cipriano Catriel y 140 lanceros de Ignacio Coliqueo. El enfrentamiento, en su mayor parte protagonizado por aborígenes y en el que tuvo una destacada participación Cipriano Catriel, se produjo el 8 de marzo al norte de San Carlos (actual Partido de Bolívar) y terminó con la derrota de Calfucurá.

La batalla de San Carlos completó el fin del ciclo del predominio aborigen en la frontera, aunque no significó el fin de los malones. Con posterioridad, el 19 de septiembre



de 1872, Calfucurá, como venganza, atacó a la tribu de los pampas de Coliqueo ubicada en la “Tapera de Díaz” (cerca de la actual localidad de Los Toldos), matando a muchos de sus miembros y tomando prisioneros a otros.

Mientras tanto, en marzo de 1873 Moreno realizó su primer viaje a Carmen de Patagones y a la región del río Negro.

El 3 de junio de 1873 murió Calfucurá en su toldería de Chiloé, al oeste de Salinas Grandes, dejando una orden final: “No entregar Carhue al Huinca”, pues esa localidad era uno de los puntos clave del triángulo estratégico aborigen, integrado además por Salinas Grandes y Choele-Choel.

Lo sucedió su hijo Manuel Namuncurá, nacido en proximidad del volcán Llaima, Chile, en 1811.

Namuncurá había jurado la Constitución Nacional argentina en 1854, momento en que fue bautizado bajo el Padrinazgo de Urquiza. En ese momento en Salinas Grandes había unos diez mil habitantes, de los cuales unos 2500 eran lanceros. En diciembre hubo dos malones, el más importante de ellos el 11 de diciembre, sobre Bahía Blanca, comandado por Namuncurá.

El 24 de septiembre de 1874 hubo una revolución contra la asunción de Nicolás Avellaneda (1836-1885) como Presidente, encabezada por Mitre en la provincia de Buenos Aires y por el general José M. Arredondo en el interior, Sarmiento ordenó reprimirla.



De la revolución participaron en la frontera las fuerzas del general Ignacio Rivas y mil quinientos aborígenes a las órdenes de Cipriano Catriel, aunque 600 de ellos se sublevaron al mando de Juan José Catriel (1838-1910) y se pasaron a las fuerzas del gobierno. Las fuerzas revolucionarias, al mando de Mitre fueron vencidas entre octubre y noviembre en Santa Rosa (Mendoza) y La Verde.

Debido a esta revolución la expedición a Santa Cruz, en la que participaba Moreno, se vio obligada a regresar a Buenos Aires y los planes exploratorios de Moreno debieron ser postergados.

Cipriano Catriel, quien siempre había sido respetuoso de las autoridades provinciales fue capturado y su hermano Juan José lo hizo lancear “por traidor a su raza”. El calificativo de traidor aplicado a Cipriano Catriel probablemente se originó en su participación decisiva contra Calfucurá en la batalla de San Carlos.

Resulta evidente a esta altura que los aborígenes, participaron de los enfrentamientos entre realistas e independistas, unitarios y federales, bonaerenses y confederados y que cambiaban de bando según las circunstancias, tal como lo hicieron muchos soldados. Así los Catriel combatieron por Rosas, pelearon contra Mitre en Sierra Chica, pero Cipriano Catriel fue muerto por adherirse a él en la revolución de 1874. El “Cacique Blanco”, Manuel Baigorria por su parte sirvió a Urquiza en Cepeda y a Mitre en Pavón, con dos años de diferencia. Como se ha destacado (Martínez Sarasola, 2005, p. 253)



“esto opero en casi todos los casos como un factor estimulador de las contradicciones en el seno de la sociedad aborígen, produciendo desgastantes enfrentamientos y contribuyendo a la muerte de muchos de ellos.

15. Campaña de Roca al río Negro.

En 1876 y 1877 se comenzó a trabajar en un proyecto del ministro Alsina, consistente en la construcción de un Zanja de c. 600 km, desde Nueva Roma (B. Blanca) a San Rafael (Mendoza), con el fin de impedir a dificultar las invasiones aborígenes.

Para 1877 se habían construido 374 km, a pico y pala, entre Italó (sur de Córdoba y Nueva Roma, bajo la dirección del Ing. A. Ebelot. La muerte de Alsina y la designación de Julio A. Roca en su lugar determino la interrupción del proyecto y un cambio de planes impulsado por Roca. Ahora se avanzaría hacia el sur con el fin de neutralizar a las fuerzas aborígenes.

Para principios de 1879 las fuerzas de Roca compuestas por 6000 hombres bien armados entre los que se contaban 820 de los llamados “indios amigos” – como tropas auxiliares incorporadas a las fuerzas del ejército- estaban listos para avanzar hacia el río Negro, en lo que ha sido calificado como un gran movimiento táctico, pues para enfrentarlos solamente había 2000 aborígenes de lanza. Esto llevo a Saldías (1968, 1, p. 300-301; editorial del diario El Nacional, del 17 de julio de 1879) a señalar que a Roca se debía, cito, “el descubrimiento de una verdad que ocultaban los mirajes de la Pampa: ¡no había



tales indios! No son Roca, ni Alsina, ni Gainza, los que los han destruido. Es la acción lenta que han venido ejerciendo un siglo de lucha, la propia vida salvaje y la falta de medios de subsistir. No había tales indios; y hoy (...) da vergüenza pensar en que se haya necesitado un poderoso establecimiento militar, y a veces ocho mil hombres, para acabar con dos mil lanzas que nunca reunirán los salvajes”}.

La mayor dificultad que encontraron las tropas fue la epidemia de viruela que las diezmo y que también causo importantes pérdidas entre los aborígenes. Así “las epidemias completaron la tarea llevada a cabo por las fuerzas nacionales”. El Comandante Prado en 1907, consideró que la campaña había sido un “paseo militar” gracias a la forma en que había sido programada y ejecutada.

El avance de las fuerzas nacionales incluyó personal médico, asistencia espiritual, corresponsales de periódicos y la participación de científicos de la Academia Nacional de Ciencias. En la expedición M. J. Olascoaga reunió materiales que darían lugar al “Estudio topográfico de la pampa y el río Negro”.

El avance estuvo compuesto por cinco columnas. Las columnas 1 y 4, comandadas respectivamente por Roca y Uriburu, constituyeron los brazos de una tenaza sobre el río Negro que encerró a los aborígenes en una bolsa, impidiéndoles escapar hacia la cordillera, mientras las demás columnas avanzaron de manera limitada constituyendo, por el norte, el cierre del cerco y rastrillando toda la zona intermedia.



Las tropas festejaron el 25 de mayo de 1879 en Choele Choel, luego siguieron hasta la confluencia del Neuquén y Limay. Roca logró su objetivo en menos de un mes y medio y regresó a Choele Choel el 11 de junio. El 19 de ese mes le escribió a Sayhueque pidiéndole que los jefes que le respondían asistiesen a una conferencia a la que habían sido citados. Luego Roca siguió a Carmen de Patagones y de allí se trasladó por barco a Buenos Aires donde desembarcó el 8 de julio.

La expedición duró 2 meses y veinte días y con ella se estableció el dominio del país en 37.000 Km².

Las bajas de aborígenes de pelea, alcanzaron a 1313 muertos y 1271 prisioneros y se capturaron además 10.513 aborígenes de chusma y se recuperaron 500 cautivos. Muchos de los muertos se debieron a una grave epidemia de viruela que también afectó a los soldados.

Es de notar que la cantidad de aborígenes muertos fue aproximadamente la mitad de los producidos en la Campaña de Rosas de 1833.

En paralelo, entre octubre de 1879 y marzo de 1880 Moreno efectuó una segunda campaña a la Cordillera, salvando su vida en una legendaria huida en balsa por el río Limay, desde las tolderías de Sayhueque.

16. Campañas posteriores (1881-1885). Rendición de Namuncurá, Inacayal y Sayhueque

Con la campaña de Roca de 1879-1880 se ocupó la región hasta el río Negro. Las campañas posteriores,



Campaña del Nahuel Huapi de 1881-1882 y Campaña a los Andes de la Patagonia, de 1883-1884, ambas al mando de C. Villegas, lograron que para fines de enero de 1885 se extendiera el control de la Nación hacia el sur y se hiciera realidad la incorporación de la Patagonia a la Nación.

Por ello el monumento de homenaje existente en Choele Choel, sobre la margen norte del río Negro, fue dedicado a quienes "Incorporaron la Patagonia a la actividad de la Nación".

Una campaña similar realizada en Chile país que, en 1881, concluida la Guerra del Pacífico, había retomado el avance hacia el sur, completó el cierre de los pasos cordilleranos en el límite entre Argentina y Chile.

Inacayal y Sayhueque, se desplazaron hacia el sur hacia Chubut, pero su resistencia se vio progresivamente desgastada a medida que distintos caciques y capitanejos se entregaban y pasaban a revistar en condición de "baqueanos" del ejército.

Como resultado el 19 de marzo de 1884 se entregó Namuncurá en Ñorquín. Sayhueque, Inacayal y Foyel se entregaron el 1 de enero de 1885 en Junín de los Andes. Todos fueron trasladados a Buenos Aires, pero posteriormente pudieron establecerse en diferentes lugares de la Patagonia.

La entrega del Cacique Sayhueque constituyó el final del dominio "aborigen" en la Patagonia. Antes o poco después, depusieron armas todos los demás caciques. Sayhueque estuvo en Buenos Aires entre el 22 de



febrero y el 1 de abril de 1885, oportunidad en la que pudo visitar a su compadre Moreno en su casa de la calle Florida y fue recibido en dos oportunidades por el Presidente Roca.

La mayor parte de los caciques y aborígenes tomados prisioneros pudieron volver a la Patagonia. De todos ellos solamente Inacayal eligió no volver a su tierra y prefirió permanecer en el Museo de La Plata hasta su muerte.

17. Destino de los aborígenes y la entrega de tierras

Luego de la entrega de los aborígenes se planteó el destino que se daría a los mismos, sin que existiera un plan preconcebido al respecto.

Para 1886 había ocho mil aborígenes que dependían del Estado y su destino dio lugar a prolongadas discusiones.

Entre 1885 y 1888 hubo al respecto extensos debates en el Congreso. Las colonias terminaron siendo vistas, en función de la expansión rural, como una forma eficaz de avanzar la frontera mediante el paso de una economía ganadera a una agrícola y, en lo referente a la conformación del Estado Nacional, como una manera de establecer su autoridad en la casi totalidad de la geografía nacional.

Los habitantes nativos (incluyendo a los aborígenes) eran, en el marco de la integración nacional, un muro de contención ante el avance de la inmigración europea y la potencial disgregación que representaba su diversidad



cultural, i.e. el denominado “cosmopolitismo” al que hizo referencia Moreno repetidamente en los últimos años de su vida.

El 2 de octubre de 1884 se sancionó la Ley 1501, llamada Ley del Hogar, por la cual se disponía entregar tierras, de un tamaño máximo de 625 Has., a aborígenes y gauchos de escasos recursos.

El 30 de diciembre de 1902, el Congreso Nacional sancionó la Ley de Tierras, número 4167 que en su artículo 17 determinaba que el Poder Ejecutivo fomentaría el establecimiento de las tribus indígenas, suministrándoles tierras y elementos de trabajo”.

Así entre 1880 y 1916, se crearon colonias pastoriles y agrícola-pastoriles, a través de 51 decretos o leyes.

Toda esta legislación dio lugar a la creación de varias “reservas o colonias aborígenes” en la Patagonia, como por ejemplo las de Cushamen, Nahuelpan, San Martín, Catriel, Valcheta, Sarmiento y Ñorquinco.

La entrega de tierras y la formación de colonias acentuó aún más el proceso de aculturación de los aborígenes, el cual tendió a completarse con la aplicación de la Ley 1420, con la que se trató de uniformar tradiciones, historia y lengua a partir de contenidos comunes que fijaba el Consejo Nacional de Educación cuyo objetivo era nivelar las “desigualdades” de quienes debían convertirse en ciudadanos de la nación argentina. Todo lo cual sirvió para completar el proceso de homogeneización, condición primaria para la formación



del ser nacional y objetivo prioritario en la construcción de la nación.

Con la Justicia se impuso la igualdad ante la ley, el matrimonio civil, el ejercicio de la patria potestad y se obligó a aceptar lo que las leyes determinaban y se tendió a completar el proceso de nivelación cultural y ciudadanización y de integración social y laboral.

Paralelamente el desarrollo de un estado centralizado, continuo a partir de la década de 1870 en el norte de la Patagonia la progresiva verticalización, iniciada en tiempos de Rosas, de las relaciones con los aborígenes de los sucesivos gobiernos nacionales/-provinciales.

En este contexto “uno de los efectos más claros (...) parece haber sido (...) el proceso de concentración del poder y jerarquización de las jefaturas”, hecho favorecido por la actitud de las autoridades, que reconocían a los caciques como jefes de determinados territorios y/o parcialidades, y a través de los cuales implementaban las entregas de los elementos acordados en los tratados. Así, de esta manera se consolidó, debido a la acción estatal, la existencia de jefaturas verticales cuya progresiva subordinación a las autoridades argentinas, facilitó la concentración del poder (cf. Vezub, 2009, p. 220-221),

18.Hacia un proyecto de país: del Siglo XIX al XXI

Esta etapa fue una época de cambios profundos en la cual, con visiones diversas, en muchos casos contrapuestas y enfrentamientos internos y externos de todo tipo, se fue



conformando un proyecto de país. Proyecto que en el siglo siguiente se vería desafiado por la pervivencia de resabios, que no se pudieron superar, transformados y validados en ideas, teorías y hechos aparentemente novedosos, pero inscriptos en lineamientos filosóficos y metodológicos de larga data en la historia de la humanidad.

19. Del caos inicial a la consolidación del Estado

La caída de Rosas luego de la batalla de Caseros el 3 de febrero de 1852 dio lugar a una generación de intelectuales y hombres de estado que comenzó a diseñar la nación que se desarrollaría en las siguientes décadas: Esteban Echeverría, Fidel López, José Mármol, Juan Bautista Alberdi, Nicolás Avellaneda, B. Mitre y Domingo F. Sarmiento, entre otros, que en conjunto serían reconocidos en la historia como la “Generación del 37”.

Los integrantes de esta generación imaginaron diferentes proyectos de nación, lejos de cualquier visión simplificadora sobre el mundo de las ideas políticas de la organización nacional. El resultado fue un periodo de progreso, que se incrementó rápidamente con la creación de universidades y organismos científicos, la construcción de ferrocarriles, la expansión del telégrafo y el fomento de la inmigración europea, todo lo cual transformaría el país en las últimas décadas del Siglo XIX. En este contexto “la creación de un Estado central constituyó el proceso político más relevante de esa etapa” (Roy Hora, en Halperin Donghi (p. 20-21) y “su construcción fue un proceso que no puede reducirse a una lógica clasista”



(...) “ni a una racionalidad eminentemente burocrática” ni al “contexto internacional, signado por la expansión del capitalismo, aun cuando facilito su consolidación”.

Desde la última mitad del Siglo XIX “el Estado encontró sus principales aliados entre los sectores propietarios que conformaban los mayores beneficiarios del proyecto liberal” (...) sin embargo “su desarrollo institucional y la complejidad de las alianzas que había forjado le permitieron mantener un elevado grado de autonomía respecto de los grupos a los que servía más directamente, pero a los que no reconocía como sus mandantes”. Como tal el Estado se comenzó a perfilar como un sistema de dominación estable que podía asegurar orden y progreso, pero no necesariamente al servicio de los sectores económicos y productivos.

En este Estado los grupos gobernantes tendrían la capacidad de actuar “con relativa independencia de los intereses predominantes en la sociedad civil”. De esta manera los grupos social y económicamente dominantes reconocerían al Estado como su principal interlocutor en la disputa por el poder y, a la vez, como un actor externo a ellos.

Esta concentración del poder en el Estado perduraría y se acentuaría en el siglo XX, cuando “las elites estatales retuvieron la capacidad para controlar el proceso de incorporación o de inclusión política y, en muchos casos, para hacerlo servir a sus propios intereses” (Roy Hora, en Haperin Donghi, 2005, p. 26).



Esto se conjugo, además, con la conformación de una idea de partido propia de las facciones, que deniega la legitimidad del adversario y asume la representación del conjunto de intereses de la sociedad y no de un segmento o parcialidad. (Roy Hora, en Haperin Donghi, 2005, p. 28).

De allí que, para el inicio del Siglo XXI, el sistema de partidos políticos argentinos, caracterizado por la presencia de una fuerza hegemónica con un poderoso Estado a su servicio que ejerce el poder sobre la base de la distribución de prebendas a sectores subordinados verticalizados, halla sus raíces en la historia y tradición del Siglo XIX.

20. Soldados y Mujeres

Para finalizar quiero tomar algo más de su tiempo para recordar a otros protagonistas olvidados de esta historia: los soldados y sus mujeres.

La forma de vida en los fortines de frontera quedo tristemente reflejada en relatos como los siguientes, hecho al final de esa época: cito: “Imagínense ustedes un reducto de tierra, de una cuadra de superficie, flanqueado por chozas de juncos, algo más grandes que tiendas, y más pequeñas que los ranchos más exiguos, dejando en el medio un sitio cuadrado en cuyo centro está el pozo, e inundado de criaturas que chillan, de perros que retozan, de avestruces, de ratas de agua domesticadas que allá se llaman nutrias, de mulitas, de peludos que trotan y cavan la tierra, de harapos que secan en cuerdas de fogones de estiércol (...) figúrense ustedes en torno la pampa



desierta, chata y amenazante, que el centinela apostado en una torrecilla de césped, interroga día y noche, y tendrán el cuadro (,,,) en medio del cual transcurría la vida (...)" (Ebelot, en Raone, 1969,1, p. 64).

“Aquella pobre gente no dormía, no descansaba, no comía; carecía de ropa y de calzado; en la botica no se encontraban medicamentos, y en cambio, a la menor palabra de protesta, al menor gesto de cansancio, funcionaban las estacas, llovían las palizas, y los consejos de guerra verbales dictaban la muerte.” (...) “¡Pobres y buenos milicos! Habían conquistado veinte mil leguas de territorio, y más tarde, cuando esa inmensa riqueza hubo pasado a las manos del especulador que la adquirió sin mayor esfuerzo ni trabajo, muchos de ellos no hallaron – siquiera en el estercolero del hospital- rincón mezquino en que exhalar el último aliento de una vida de heroísmo, de abnegación y de verdadero patriotismo. Al verse después despilfarrada, en muchos casos, la tierra publica, marchanteada en concesiones fabulosas (...) daban ganas de maldecir la gloriosa conquista (...), pero así es el mundo ‘los tontos amasan la torta y los vivos se la comen’” (Prado, 1907, p. 46).

Un lugar aparte merecen las mujeres que participaron de esta historia olvidada: Se escribió sobre ellas (cf. Raone, 1969, p. 95-97, 112). “La mujer del soldado (...) fue aquella criolla (...) que (...) voluntariamente salía de su aldea o pueblo para iniciarse en una vida que les era enteramente desconocida (...) Mujer que jamás dejó oír su voz ni busco una sombra propicia para rehusar o excluirse



bajo el pretexto de la debilidad del sexo, de acompañar al soldado en sus marchas, en los cambios de campamentos, en las campañas inhospitalarias, en las acciones de guerra, y de una manera importantísima en las fronteras y fortines.

(...) Había mujeres viejas y jóvenes (...) unas casadas por la iglesia y otras detrás de la puerta. Sus viviendas, un rancho con un cuero de puerta, por todo racionamiento recibían una libra y media de carne y alguna onza de arroz, lo que, unido a la parte de su marido, cuando estaba presente en el campamento, les permitía mantenerse durante el día, ayudándose con mate amargo (...)” “(...) obligadas a marchar de noche o de día largas distancias con sus hijos al anca de una mala cabalgadura, cubiertas de polvo, con sed, con hambre y con frío; pobres mujeres, tenían forzosamente que subordinarse a las mismas circunstancias de la tropa, so pena de perecer perdidas en la soledad del desierto (...).”

“Eran de todas las razas y de todas las estirpes, pero el fortín las hizo de una, amalgamando todas sus bondades y tapando sus defectos. No ostentaron títulos nobiliarios, ni presentaron arrugados pergaminos de ascendencia principesca, Sus cunas eran sencillas, pero detentaban algo más de valía que todo lo que pudieron traer de tales prosapias: el título habilitante de esa escuela que se llamó frontera, donde en largos años de penoso estudio llegaban al bachillerato del amor, del sacrificio, del patriotismo, de la fortaleza y de todas las virtudes que se acrisolan en el fuego del infortunio y de la guerra”.



“Una de esas heroicas mujeres fue doña Carmen Funes de Campos, mendocina, y más vulgarmente conocida como ‘La Pasto Verde’, que sentó reales en la histórica aguada de Plaza Huincul, donde le sorprendió la muerte en el año 1917”

“A ella le dedicó Marcelo Berbel una zamba, ‘La Pasto Verde’, que cantaron Los Fronterizos” y Jorge Cafrune” (cf. Raone, 1969, p. 109).



BIBLIOGRAFÍA

- Bandieri, S., 2005. Historia de la Patagonia. Pp. 1-445. Sudamericana, Buenos Aires.
- Beerbohm, J., 1879. Wanderings in Patagonia; or Life Among the Ostrich-Hunters. Pp. 1-157. Chatto & Windus, London.
- Bertomeu, C.A., 1949. El perito Moreno: centinela de la Patagonia; estudio biográfico. Pp. 1-414, El Ateneo, Buenos Aires.
- Blengino, V., 2005. La zanja de la Patagonia. Pp. 1-216. Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A., Buenos Aires.
- Bonatti, A. & Valdez, J., 2015. Una guerra infame. Pp. 1-238. Edhasa, Buenos Aires.
- Burmeister, C.V., 1891 - Breves Datos Sobre Una Excursión A Patagonia. Revista del Museo de La Plata, 2: 273-288.
- Casamiquela, R., 2003. Poblamiento Indígena de la Patagonia. Cuadernos de Historia Patagónica, 1: 17-46. Centro de Estudios Históricos y Sociales, Puerto Madryn.
- Childs, H., 1936. El Jimmy, Outlaw of Patagonia. Pp. 1-399. Hutchinson & Co., London
- Curruhuinca, C. & Roux, L., 1986. Sayhueque, el último cacique. Pp. 9-200. Editorial Plus Ultra, Buenos Aires.
- d'Orbigny, A., 1824-1847. La Relation du Voyage dans l'Amérique Méridionale pendant les années 1826 à 1833. Paris.



- Dames, N., 2004. Casimiro Biguá, Cacique General de la Patagonia. Pp. 1-330. Editorial Universitaria de la Patagonia, Comodoro Rivadavia.
- Darwin, C., 1962. The Voyage of the Beagle. Natural History Library Edition: 1962. New York, Doubleday & Co. Inc., 1860.
- Del Rio, W.M., 2005. Memorias de expropiación. Pp. 1-310. Editorial Universidad Nacional de Quilmes. Bernal.
- De Marco, M.A., 2010. La Guerra de la Frontera. Luchas entre indios y blancos, 1536-1917. Pp. 1-558. Emecé Editores, Buenos Aires.
- Dumrauf, C.I., 2004. Patagonia azul y blanca. Pp. 1-159. Ediciones Continente, Buenos Aires.
- Duran, J. G., 2006. Namuncurá y Zeballos. El Archivo del Cacicazgo de Salinas Grandes (1870-1880). Pp. 1-440. Bouquet Editores, Buenos Aires.
- Estévez, J.J., 2011. Pincén, vida y leyenda. Pp. 1-348. Biblos, Buenos Aires.
- Fiori, J. & De Vera, G., 2002. 1902, el protagonismo de los conos galeses en la frontera argentino-chilena. Pp. 1-188. Dirección Municipal de Cultura, Municipalidad de Trevelin.
- Fotheringham, I., 1998. La Vida de un Soldado, Ed. Ciudad Argentina, Bs. As.
- Gamboni, O.D., 1994. Adolfo Alsina, Gobernador de la Provincia de Buenos Aires y Conquistador del Desierto. Pp. 1-300, I-XXV. Ed. M.A. Gamboni, La Plata.
- Halperin Donghi, T., 2005. Una Nación para el Desierto Argentino. Pp. 1-151. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Hatcher, J.B., 1903. Narrative of the Expeditions; Geography of Southern Patagonia. Reports of



- the Princeton Univ. Expeditions to Patagonia, 1896-1899, I. Princeton & Stuttgart: The Univ. & E. Schweizerbart'sche Verlagshandlung (E. Nägele), 1903). xvi, 314 p.,
- Hosne, R., 2005. Francisco Moreno. Una herencia patagónica desperdiciada. Pp. 230. Emecé, Buenos Aires.
- Lista, R., 1999. Viaje a los Andes australes. Diario de la Expedición de 1890. Pp. 1-123. Editorial confluencia, Buenos Aires.
- Lista, R., 2006. Viaje al País de los Tehuelches. CM Editores, Buenos Aires. Pp. 1-94.
- López, S. M., 2003. Representaciones de la Patagonia. Pp. 1-200. Ediciones Al Margen, La Plata.
- Maggiore, E., 2002. Gobernador Costa, Historias del Valle del Genoa. P. 1-247. Comodoro Rivadavia.
- Maggiore, E., 2006. Voces de un pasado todavía presente. Pp. 1-222. Vela al Vientos Ediciones Patagónicas. Buenos Aires.
- Mansilla, L.V., 2006. Una excursión a los indios ranqueles. Pp. 1-541. EDICOL, Buenos Aires.
- Martínez Sarasola, C., 2005. Nuestros Paisanos los indios. Pp. 1-582. Emecé, Buenos Aires.
- Martínez Sarasola, C., 2014. La Argentina de los caciques. Pp. 1-430. Editorial del Nuevo Extremo, Buenos Aires
- Mases, E.H., 2010. Estado y cuestión indígena. Pp. 1-325, Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Moreno, E. [comp.], 1942. Reminiscencias de Francisco P. Moreno. 1ª ed. Buenos Aires, Argentina; 1942; 2.da ed. Buenos Aires, Argentina, EUDEBA, [1942] 1979.

- Moreno, F.P., 1898. Reconocimiento de la región andina de la República Argentina. I, Apuntes preliminares sobre una excursión a los Territorios del Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz hechas por las secciones topográfica y geológica bajo la dirección de Francisco P. Moreno. Revista del Museo de La Plata, 8_ 201-374. La Plata, 1898.
- Moreno Terrero de Benites, A., 1988. Recuerdos de mi abuelo Francisco Pascasio Moreno: “El Perito Moreno”. pp. 1-214, Talleres Gráficos La Tradición, Buenos Aires.
- Musters, G.Ch., 1871. At home with the Patagonians; a year's wanderings over untrodden ground from the Straits of Magellan to the Rio Negro. John Murray, London.
- Navarro Rojas, L., 2009. Crónica militar de la conquista y pacificación de la Araucanía. Pp. 1.423. Pehuen Editores, Santiago de Chile.
- Prado, M., 1907. La guerra al malón. Pp. 1-138. Claridad, Buenos Aires.
- Prado, M., 2005. Conquista de La Pampa, Cuadros de la Guerra de Frontera. Pp. 1-171. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., Buenos Aires.
- Raone, J.M., 1969. Fortines del Desierto, Mojones de Civilización. Revista y Biblioteca del Suboficial, Volumen 143, Pp. 1- 619. Buenos Aires.
- Rato de Sambuccetti, S. I., 2009. El Perito Moreno en Londres y las relaciones exteriores de principios del Siglo XX. Pp. 1-325. Buenos Aires, Edición.
- Riccardi, A.C., 2019. Ideario de Francisco P. Moreno. Colección Idearios Argentinos, 5. Pp'. 1-501. 1a ed . Paraná: Fundación Nuevo Banco de Entre



- Ríos; La Plata: Fundación Museo de La Plata
Francisco P. Moreno.
- Rojas Lagarde, J.L.R., 2004, Malones y comercio de ganado con Chile Siglo XIX. Pp. 1-277. El Elefante Blanco, Buenos Aires.
- Rosas, J. M., 1965. Diario de la Expedición al desierto: 1833-1834. Pp. 1-188. Ediciones Pampa y Cielo, Buenos Aires.
- Ruiz Moreno, I.J., 2009. Campañas Militares Argentinas. Luchas contra indios y sediciosos 1870-1884. Pp. 1-290. Claridad, Buenos Aires.
- Saldías, A., 1968. Historia de la Confederación Argentina. EUDEBA, Buenos Aires.
- Sarramone, A., 1993. Catriel y los indios pampas de Buenos Aires. Pp. 1-326. Editorial Biblos Azul.
- Sule, J.O., 2007. Rosas y sus relaciones con los indios. Pp. 1-320. Ediciones Corregidor, Buenos Aires.
- Valko, M., 2010. Pedagogía de la Desmemoria. Pp. 1-413, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires.
- Vezub, J.E., 2009. Valentín Saygüequé y la “Gobernación Indígena de las Manzanas”. Poder y etnicidad en la Patagonia Septentrional (1860-1881). Prometeo, Buenos Aires. Walther, J.C., 1970. La Conquista del Desierto. Pp. 1-629. Eudeba, Buenos Aires.y la “Gobernación Indígena de las Manzanas”. Pp. 1-339. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Ygobone, A. D., 1979. Francisco P. Moreno: arquetipo de argentinidad. Primera Segunda edición. Argentina, Orientación Cultural Editores, [1954], Segunda edición, 1979. Francisco P. Moreno. Arquetipo de argentinidad. Buenos



- Aires, Argentina, 1979, Editorial Plus Ultra, 415 p.
- Zeballos, E.S., 2002. La Conquista de Quince Mil Leguas. Pp. 1-427. Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., Buenos Aires.
- Zeballos, E.S., 2004. Episodios en los Territorios del Sur (1879). Pp. 1-561. El Elefante Blanco, Buenos Aires



ILUSTRACIONES



Figura 3.- General I. Rivas

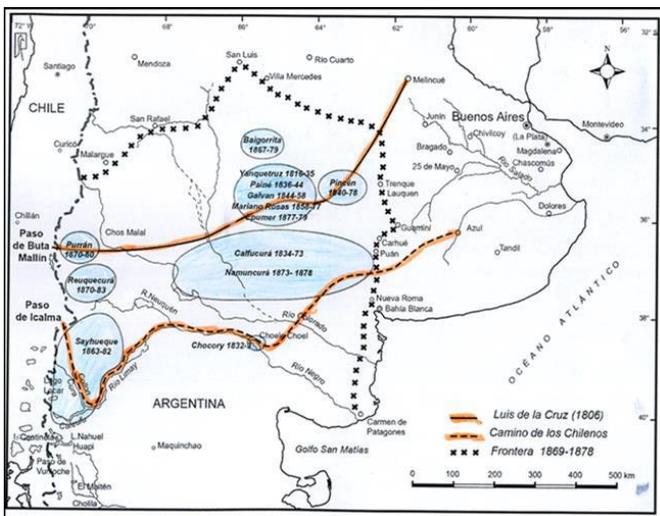


Figura 1: Comercio aborigen a través de los Andes

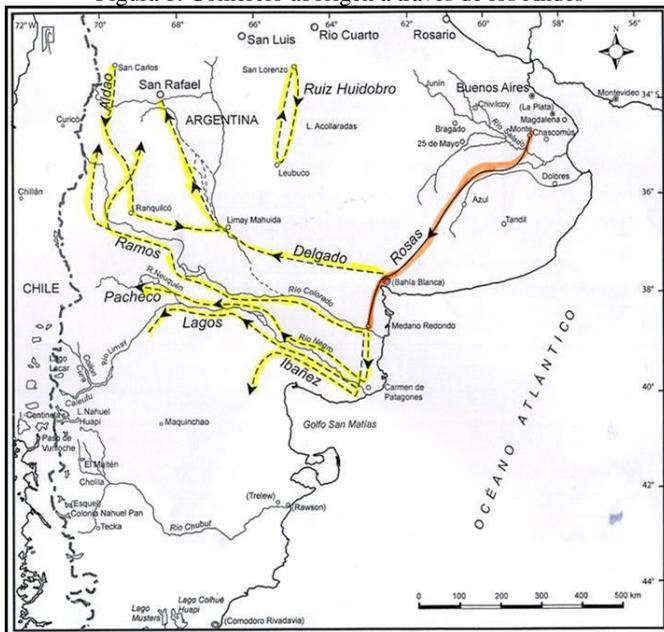


Figura 2: Campaña de J.M. de Rosas (1833-1834)



Figura 4.- Cipriano Catriel



Figura 5.- M. Namuncurá y familia – 1874

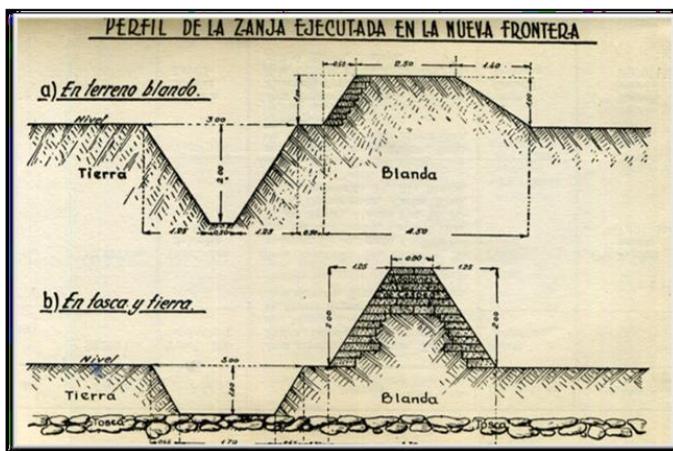


Figura 6.- Zanja de Alsina, 1876-1877

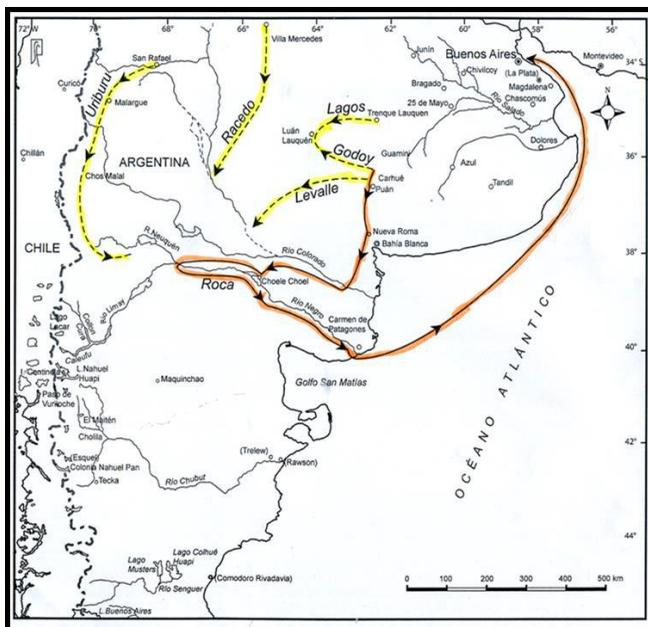


Figura 7. Campaña de J.A. Roca, 1879

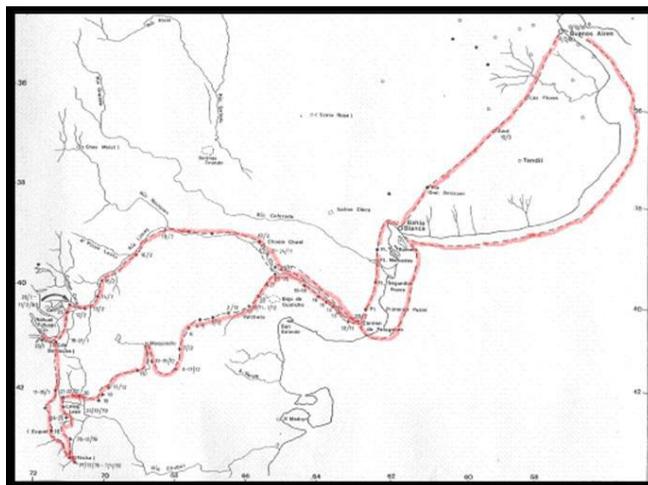


Figura 8: Campaña de F.P. Moreno al norte de Patagonia, 13/10/1879 – 11/3/1880

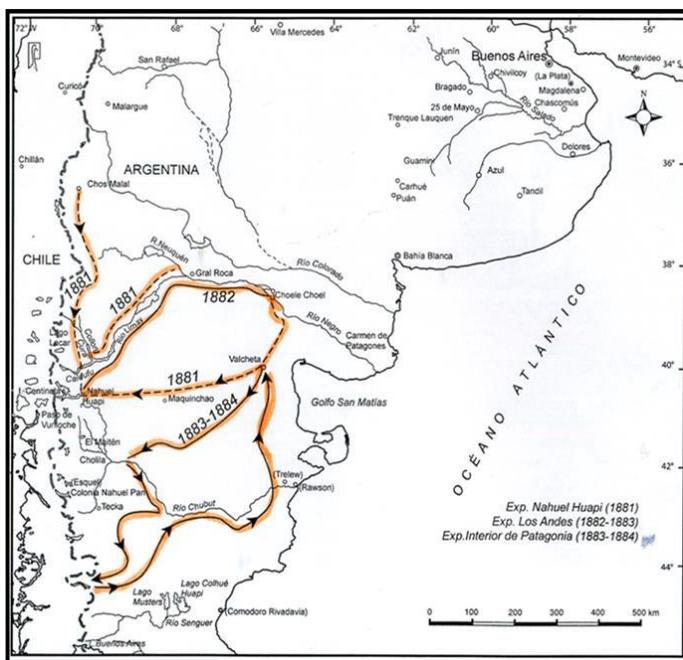


Figura 9: Campañas militares finales a la Patagonia, 1881-1885

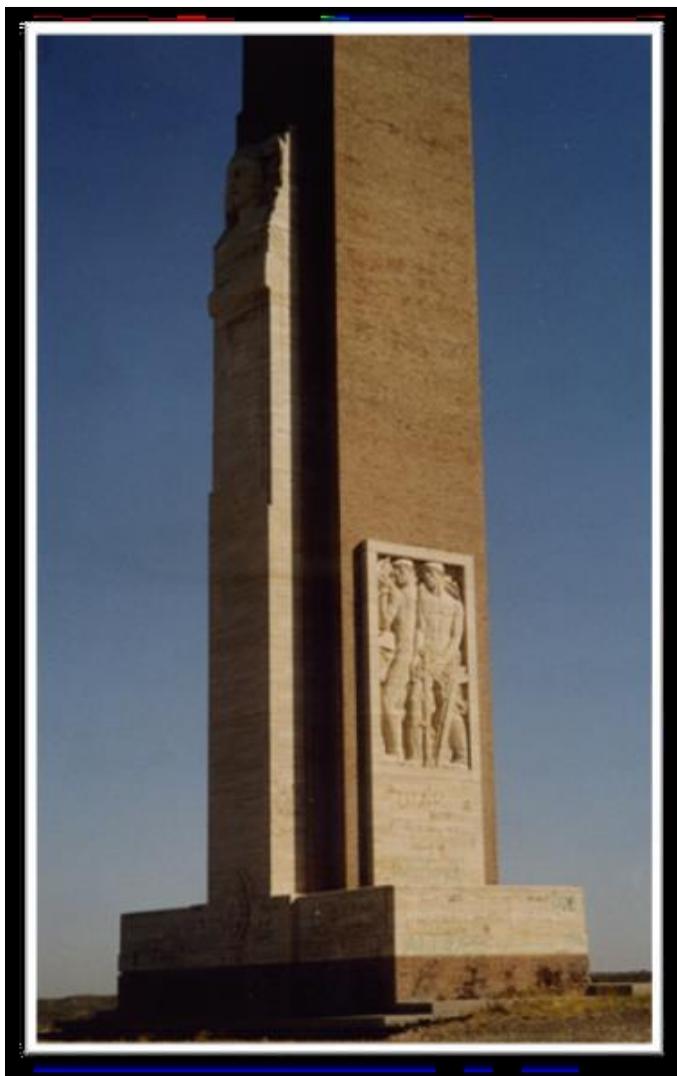


Figura 10. Choele-choel, monumento dedicado a los que “incorporaron la Patagonia a la actividad de la Nación”.



Figura 11.- M. Namuncurá con hijos Julián y Ceferino

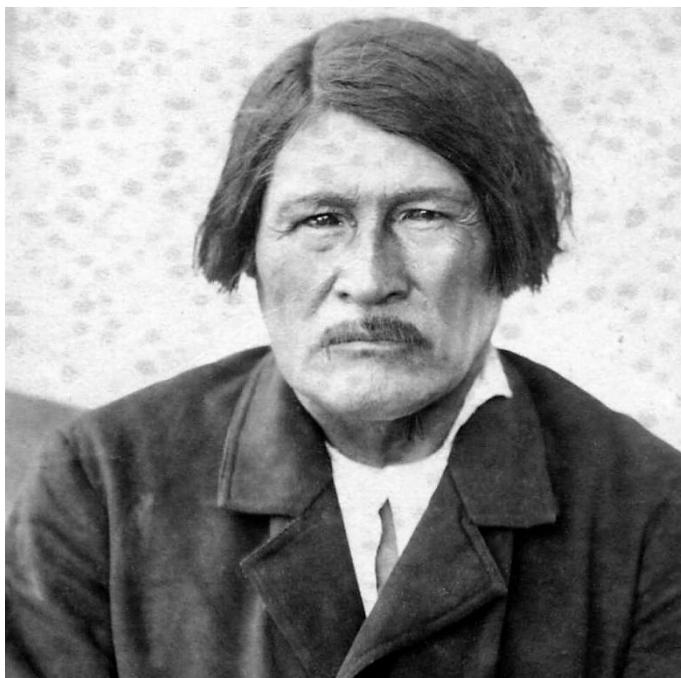


Fig. 12.- Inacayal

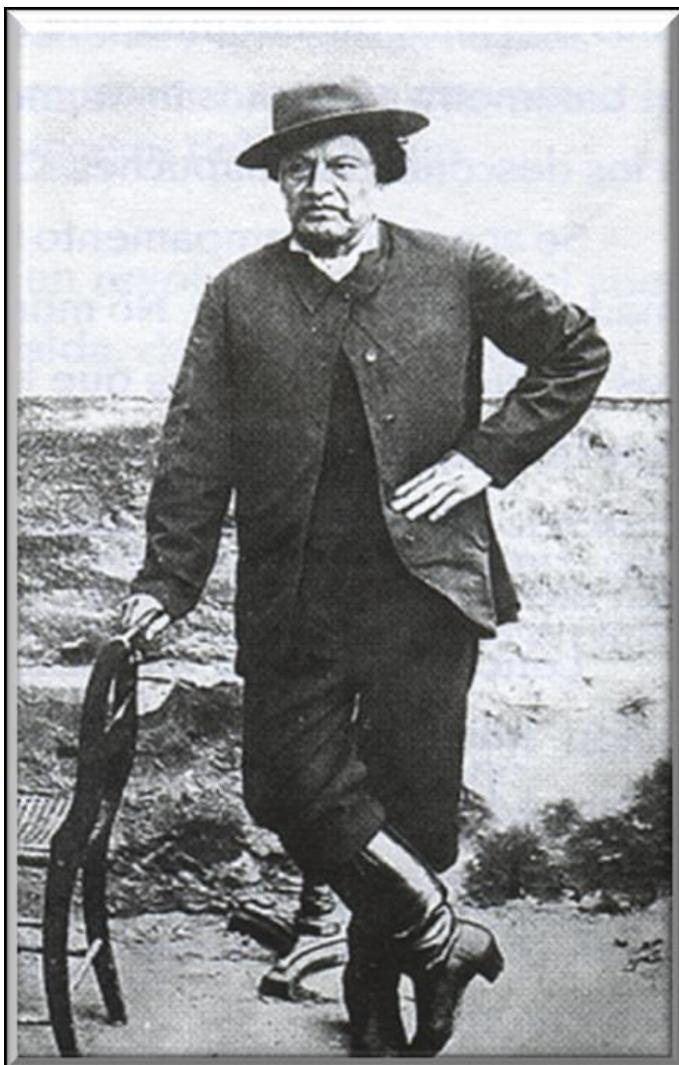


Fig. 13.- V. Sayhueque

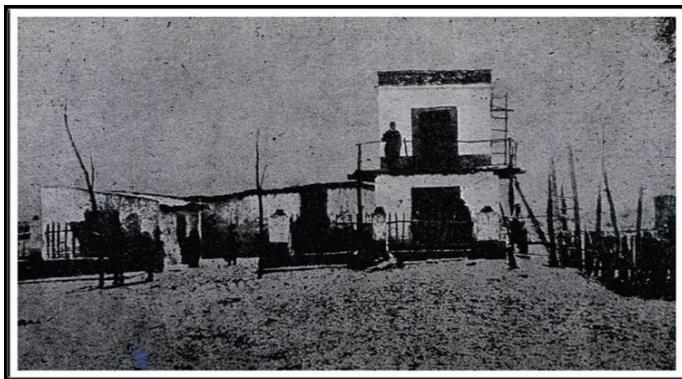


Figura 14.- Fortín Ira. División (Cipoletti) – 1874

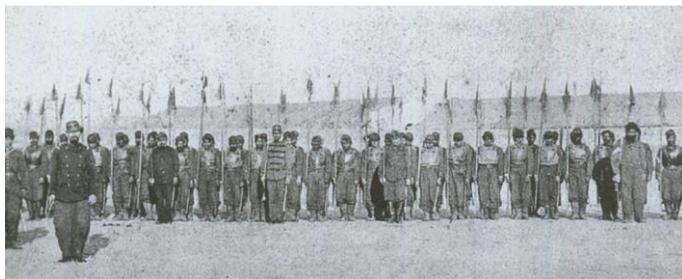


Figura 15.- Soldados de línea – Puan



Figura 16.- Mujeres en campaña



Figura 17: Ejército en marcha. Mujeres y niños abajo, del centro a la izquierda.

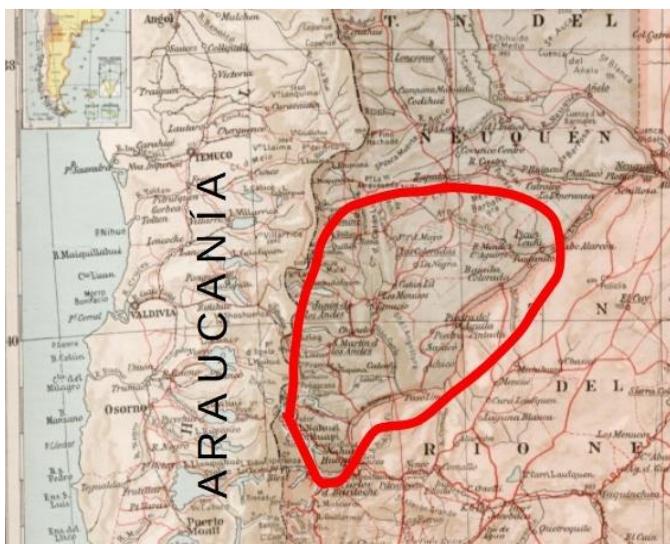
EL PAÍS DE LAS MANZANAS
(SUR DEL NEUQUÉN)
VISTO POR TESTIGOS (1620 – 1965)

Académico sitial Juan Bautista Ambrosetti
Dr. Eduardo Crivelli

Conferencia ofrecida en la Academia Nacional de
Ciencias de Buenos Aires en sesión plenaria del
29 de agosto de 2022

EL PAÍS DE LAS MANZANAS (SUR DEL NEUQUÉN) VISTO POR TESTIGOS (1620 – 1965)

Eduardo Crivelli
ANCBA



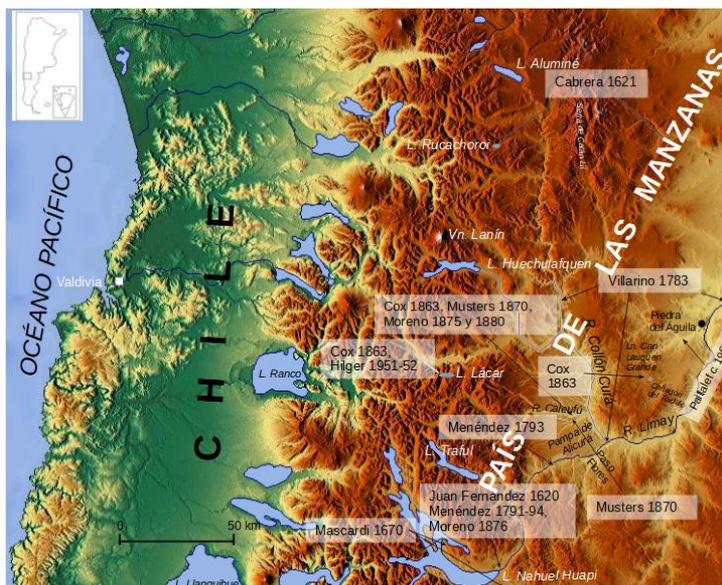
Límites aproximados del País de las Manzanas, indicados por nosotros en la base cartográfica de Anesi 1947, hoja 29

Por qué leer a los testigos

El País de las Manzanas, como se llamó al sur del Neuquén, fue conocido y descrito por testigos múltiples, de procedencia diversa, con intereses distintos y de diferentes épocas. Es un hecho afortunado poder conocer una sociedad del pasado en varios puntos de su trayectoria histórica y sin la limitación de un punto de vista único. Esto es particularmente así en este caso, porque los conflictos entrañaron lisa y llanamente la posesión de la tierra y las formas de vida que le eran propias. Volvemos sobre esta posición al final de este trabajo.

El espacio

El sur de la provincia del Neuquén fue llamado, al menos desde el siglo XVIII, “el País de las Manzanas” (p. ej., Villarino, 1837:32). Es lo que significa el topónimo castellano - mapuche “Manzana-niyó” que el croquis trazado en 1872 por el sargento mayor Mariano Bejarano sitúa desde la desembocadura del actual Pichi Picún Leufú hasta el nacimiento del río Limay en el lago Nahuel Huapi (Zeballos 1958, frente a p. 112). En coincidencia con Villarino, Francisco P. Moreno hacía comenzar “Manzana-gueyú” en Bajada Colorada, una vez pasado hacia el sur el arroyo Picún Leufú (Moreno, 1979:26). Sus referencias sugieren que él también lo extendía hasta el lago Nahuel Huapi, quizás con centro hacia el lago Huchulafquen y su emisario, el río Chimehuin.



Algunos puntos alcanzados por viajeros al País de las Manzanas

El paisaje del País de las Manzanas es mesetiforme y serrano, semiárido. Las precipitaciones disminuyen rápidamente hacia el noreste. Los últimos cipreses (*Austrocedrus chilensis*) se encuentran aproximadamente hasta la cota de unos 1200 m s.n.m. Más allá, la vegetación es de gramíneas y de arbustos.



Bosque



Ecotono



Estepa

Bosque, ecotono y estepa en el País de las Manzanas

Plausiblemente, para una economía mixta como la de la época histórica, la localización óptima no era el valle mismo del Limay sino el ecotono entre la estepa y el bosque. La barrera orográfica de los Andes y los fuertes gradientes de la anticordillera determinan microambientes muy diferenciados en distancias cortas horizontales y verticales: muchos cursos de agua permanente; bosques abiertos de araucarias, muy productivos; arbustos leñosos para fuegos chicos; estepas pastosas, adecuadas para herbívoros; humedad suficiente para los manzanos. Éstos fueron introducidos en Chile por los españoles, sin que esté claro cuál fue el agente que los dispersó hacia el otro lado de los Andes ¿los vacunos, los jesuitas? Guanacos y choiques (ñandúes) eran los principales animales de caza. Por lo menos desde el siglo XVII, los indígenas de las cercanías de Aluminé disponían de un tipo de llama, llamado



hueque en mapuche (Palermo, 1986-87) y de especies exóticas: caballos, ovejas y escasos vacunos.

Los pobladores autóctonos de las estepas del noroeste patagónico

Hay considerable información arqueológica sobre las poblaciones prehispánicas del País de las Manzanas (Crivelli Montero 2010 es un resumen ya desactualizado). En tiempos de los primeros contactos con europeos, los grupos autóctonos de la estepa patagónica (generalmente reconocibles por onomástica y lengua no mapuche) eran cazadores-recolectores, sin producción significativa de alimentos. Así resulta de los testimonios de, entre otros, Cabrera (2000), Juan Fernández (Florez de León 1992), Mascardi (Vignati 1964), Rosales (1877 y 1878) y Pietas (Goicovich 2005). Olivares (1874: 509) refiere que en la isla Victoria se cosechaban “papas i quinua i arvejas o guisantes”, pero allí las precipitaciones anuales suman unos 1500 mm (Atlas de la Provincia del Neuquén, 1982:35), creando un ambiente boscoso similar al del distrito lacustre de Chile.

Como hay disidencias (modernas, no antiguas) en este tema, agregamos observaciones estrictamente arqueológicas: a) el registro de macrovegetales obtenido en el alero Nestares y en las cuevas Epullán Grande y Epullán Chica no incluye cultígenos anteriores a la época de contacto (Crivelli Montero y Ramos 2023, Crivelli Montero et al. 1996, Ciampagna y Mange 2017, Fernández et al., 2016). b) En los estratos posthispánicos de ocho sitios arqueológicos del País de las Manzanas con buena resolución estratigráfica, en cuya excavación participamos, no se han encontrado indicios de aprovechamiento intensivo de animales europeos, en tanto se



constata el papel principal del guanaco, del choique, de armadillos y de otras especies autóctonas (Crivelli Montero 2010, Silveira en prensa, Fernández et al. 2016, Guillermo et al. 2020A y 2020B).

Estas precisiones no excluyen la existencia de intercambios, incluso regulares, entre los productores de alimentos y los cazadores-recolectores, bien testimoniada incluso por el bilingüismo de los segundos. Éstos constituyen “sociedades parciales”, que por trueque o mera captura procuran hacerse de bienes que no producen, como alimentos farináceos y objetos metálicos. La fácil comunicación que ofrecían los pasos cordilleranos y la potencial complementariedad de las respectivas economías a uno y otro lado de la Cordillera explican la antigüedad de los contactos, bien probada, p. ej., por la cerámica.

La araucanización de las pampas

Desde al menos el siglo XVII, muchos indígenas del centro-sur de Chile se expandieron hacia el este de los Andes. Este proceso largo y aún vigente tiene varias causas. Tal vez las más remotas sean: a) la densa demografía de la región conocida generalmente como la Araucanía, en contraste con la muy baja de la estepa patagónica, habitada por entonces por cazadores-recolectores móviles; b) desde el norte, las sucesivas presiones del imperio incaico y de la conquista española, ésta mucho más agresiva; c) la proliferación, en las llanuras del este, de vacunos y, sobre todo, de caballos baguales (asilvestrados), originada en las fundaciones españolas de Buenos Aires y de otros centros. La captura y domesticación de estos caballos cambió las formas de vida indígenas, intensificando la ganadería, el potencial bélico y la posibilidad del saqueo rápido. Los trueques entre la cordillera y las



pampas ya estaban establecidos hacia 1580 (Garay, 1915). Dos siglos después, pobladores del País de las Manzanas le hacían saber al explorador Villarino “que todos, o casi todos los indios que habitan o residen en las sierras del Volcan o Vulcan [Balcarce] y Pampas de Buenos Aires, son de este río [Collón Curá] arriba, y que el motivo de pasar tantos tiempos en aquellos parajes, es por la abundancia que hay de ganados, y por la facilidad de mantenimiento; y que algunos paran dos años, otros más y menos, según les acomoda.” (Villarino, 1837: 35). Separada de la Araucanía por pasos cordilleranos de tránsito fácil, el País de las Manzanas se araucanizó rápidamente. Veremos cuán claramente lo notó Cabrera.

La ciudad de los Césares

Antes de ser el País de las Manzanas, el sur del Neuquén fue el País de los Césares. Desde mediados del siglo XVI fue tomando forma la leyenda de una ciudad situada en algún lugar de la Patagonia y poblada por cristianos, los Césares, que disfrutaban de riquezas fabulosas. Se originó en la amalgama de varios relatos independientes, a los que contribuyeron militares, misioneros y exploradores de ambos lados de la Cordillera (Nocetti y Mir, 1997; Martinic, 2007:8 incluye una selección bibliográfica).

1.1.1. Las entradas desde el nordeste. La expedición de Hernandarias (1604)

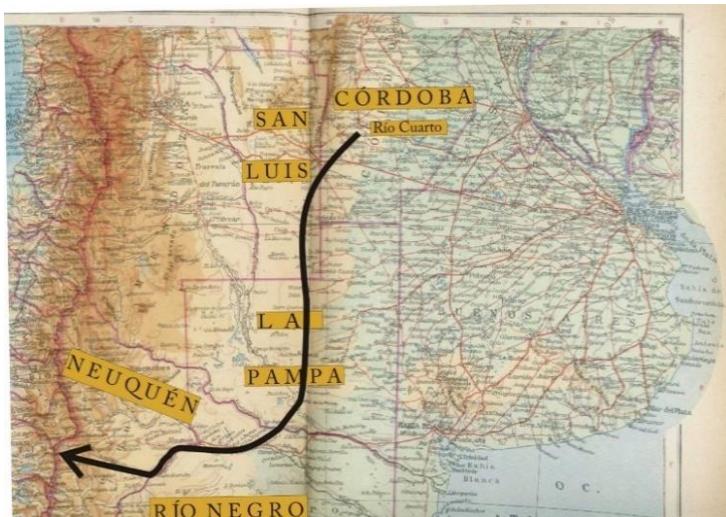
Desde el nordeste se lanzaron dos expediciones hacia donde se creía podrían estar ciertos náufragos devenidos en Césares: la del gobernador de Buenos Aires Hernando Arias de Saavedra (llamado Hernandarias) de 1604 y la de Gerónimo Luis de Cabrera de 1620-21. La primera llegó hasta el río Negro, donde se encontraron con cazadores-recolectores patagónicos autóctonos: “indios grandes de



cuerpo, pobres, cubiertos con pellejos y sus casas de ramos de sauces” (Levillier, 1915: 156). Estas últimas sugieren cierta estabilidad en el asentamiento o más simplemente, disponibilidad de materiales. De esta expedición no parece haberse conservado diario alguno. En cambio, han quedado dos de la muy grande que encabezara Cabrera (Cabrera, 2000), que había participado de la entrada de su suegro Hernandarias.

1.1.2. La expedición de Cabrera (1620-22)

Salida de Río Cuarto (Córdoba), cruzó las provincias de San Luis y de La Pampa, pasó el río Neuquén por Paso de los Indios (topónimo aún vigente) y siguió la margen noroeste del río Limay hasta el arroyo Picún Leufú, en territorio del cacique güñina küne Cacapuel. Más allá, encontró indígenas de lengua mapuche.



Ruta aproximada de la expedición de Cabrera, trazada por nosotros sobre la base cartográfica de Visintin 1955, hojas 290-291



Aquí se impone una digresión sobre etnias y lenguas. Los *gününa küne*, conocidos en la Etnología como tehuelches septentrionales, eran los pobladores autóctonos del norte de la Patagonia y de las pampas de Buenos Aires. Su lengua, la *gününa iájech*, era llamada por los hispanocriollos “caguané”, voz tal vez guaraní. Cabrera corrobora esta unidad en la lengua de ambas regiones, que fue largamente sostenida por Casamiquela (la presentación clásica es Casamiquela, 1965). En cuanto a la etnia mapuche, como refiriéramos, es originaria del centro-sur de Chile, pero desde la época ecuestre se expandió ampliamente hacia el este y el norte, proceso generalmente llamado de araucanización.

En los diarios de la expedición, tanto los indígenas del río Colorado como los de los bosques de cipreses son identificados como ‘puelches’ (“gente del este”), según la perspectiva y la lengua mapuche. Así, la parcialidad de Chillen “es puelche”, pero “todos hablan la lengua general caguane de las pampas de Buenos Aires” (Cabrera, 2000:107). Días antes, se habían encontrado junto al río Colorado algunos indígenas que también hablaban “su propia lengua caguané” (Cabrera, 2000:97 y 107). Estos “puelches” serían *gününa küne*.

Por su parte, los instalados en los “pinales” de pehuenes o araucarias son “de la guerra de Chile”, incluidos por la Etnología entre los pehuenches. Todavía en 1870, estos últimos eran conocidos como “indios guerreros” (Musters, 1871:70).

Volviendo a la expedición, anotemos que se hizo durante la oscilación fría conocida como “Pequeña Edad del Hielo” (Villalba, 1994) y que ya a fines de abril había nevado. En un bosque ralo de cipreses, alcanzó el cacicato de Chillén. Esta



parcialidad compartía rasgos del este (era de lengua “caguané”) y del oeste, ya que tenía hueques, ganados europeos y cultivaba con semillas traídas del valle de Cután.

Traspuesto el cordón de Catán Lil, la expedición llegó al valle de Cután, próximo al río Alumín y al lago Rucachoroi. Encontró unas pocas viviendas (“casas”), animales domésticos, frutillares de *Fragaria* sp. y araucarias. La recepción de los locales, circunspecta al principio, se convirtió, al cabo de unos pocos días, en ataque planeado y colectivo, durante el cual se oyeron amenazas en lengua mapuche. Los diferentes cacicatos se mantenían estrechamente comunicados, aún en invierno y a través de la Cordillera. Habiendo alcanzado “el corazón de la guerra de Chile” (Cabrera, 2000:109), la expedición tuvo que regresar a Río Cuarto.

Cabe situar esta refriega en contexto: la guerra que por entonces mantenía la Araucanía con el invasor español debía ser causa suficiente para rechazar a una hueste que había irrumpido, sin enviar emisarios y por un camino inesperado, al comienzo de la estación rigurosa (era mayo). Además, don Gerónimo dice haber declarado intención de volver a poblar los territorios chilenos que los mapuches habían reconquistado en 1599. También, había incurrido en actos hostiles, tomando jefes indígenas como rehenes. Por último, las preguntas por los Césares deben haber inquietado al cacique de Cután, que cuando era tributario en Villarrica había sido torturado para que informase sobre ese pueblo fantástico (Cabrera, 2000:111).



1.1.3. Economía, tecnología y comunidad

Estando en pos de los Césares, los expedicionarios esperaban hallar, al menos, indígenas ricos. Los que se encontraron junto al río Colorado fueron descriptos como más pobres y bárbaros que los de las pampas de Buenos Aires (Cabrera, 2000:97); eran, seguramente, cazadores-recolectores. En cambio, es novedoso saber que los ‘puelches’ de la parcialidad del cacique Chillen cultivaban trigo, maíz, papas y hortalizas, tenían “carneros de la tierra” (el hueque) y ovejas europeas. Correspondientemente, “estaban vestidos” (entendemos que con ropa de lana) (Cabrera, 2000:107). Vivían en casas (Cabrera, 2000:115), que no se describen, y su organización social era menos laxa que la de los del río Colorado (Cabrera, 2000:107), lo que se percibe incluso en la convocatoria que el cacique hizo de su gente.

Esta economía de producción se vincula con la intensa influencia recibida del área mapuche o araucana (*lato sensu*), donde muy pronto se incorporaron especies domésticas del Viejo Mundo. Pero estos contactos regulares con el oeste no bastan para explicar el cultivo. Las formas de vida posibles eran distintas en el bosque y en la estepa. El primero es un medio propicio para el cultivo, en tanto el segundo no. El límite estaría hacia la isohieta de los 900 mm (que atraviesa los lagos Huchulafquen, Traful y Nahuel Huapi cerca de sus extremos orientales). Ahora bien, tampoco el medio forestal da cuenta por sí mismo de la producción de alimentos, ya que, en tiempos de los primeros contactos con europeos, la economía de los indígenas próximos al lago Nahuel Huapi estaba basada en la caza y la recolección y era de mano a boca, sin



almacenamiento de importancia, según veremos más abajo. Concluimos, en términos posibilistas, que los ‘puelches’ de los bosques próximos a los lagos Quillén y Rucachoroi se hicieron agricultores y pastores bajo intensa influencia de sus vecinos mapuches y a favor de un ambiente que lo hacía posible, sin que ninguno de estos factores pueda tenerse por exclusivo.

En el valle de Cutan, la economía era diversificada; las caballadas, estupendas y el armamento, resplandeciente, variado y hasta enriquecido por el arcabuz de un español tráfuga. Había silos, cuyo carácter subterráneo y cubierto atribuyó Cabrera a una intención de ocultamiento. Seguramente, los aborígenes no estarían ansiosos por exhibir sus reservas de alimentos a una multitud de intrusos y a la entrada del invierno; pero hay que hacer notar que esta técnica de conservación aún está vigente (Millán, 1942 y datos propios referidos al oeste del Chubut recogidos en 1996). En cuanto al asentamiento disperso (Cabrera, 2000:110), no fue una circunstancial estrategia defensiva sino una constante aún en tiempos de paz (p. ej., Domeyko, 1971 [1845]: p.152). El mejor aprovechamiento de las tierras de cultivo y de pasturas sería una buena causa material. La razón alegada por los protagonistas era la mayor vulnerabilidad a la hechicería y a los ataques (Rosales, 1877:150-151). En cualquier caso, los araucanos se alzaron en 1766 ante el proyecto de ser concentrados en pueblos.

Las alpargatas de paja “para la nieve y agua” (Cabrera, 2000:111) encuentran ciertos paralelos en plantillas ovales de pastos cortados recuperadas arqueológicamente en varios sitios; entre ellos, Epullán Grande.



1.1.4. Territorios y cacicatos

Aunque nada se nos dice sobre las formas de sucesión en el poder, la circunstancia de que el cacique principal günumaküne Ysacasayan y su dependiente Quecuarayan (y variantes) fuesen cuñados sugiere derechos de sangre y, por lo menos, tres grados en la jerarquización social: caciques principales, jefes locales y gentes del común.

La entrada de Juan Fernández desde el oeste

La leyenda cesárea tuvo eco en Chile (Vignati, 1939, Florez de León 1992). Por orden del gobernador, una expedición encabezada por el capitán Juan Fernández partió de Calbuco en 1620 y navegó el lago Nahuel Huapi. Los “puelches” que encontró hacia el extremo oriental se sustentaban de caza y de recolección vegetal. Confinaban (hacia el sur, según sabemos por otras crónicas) con una nación muy belicosa, de indios corpulentos, los poyas. Entre los caciques comarcanos hay nombres mapuches y no mapuches.

1.1.5. Los jesuitas

Los jesuitas misionaron tenazmente en las pampas y la Patagonia desde mediados del siglo XVII hasta su expulsión en 1767. El padre Diego de Rosales hizo cuatro viajes desde Chile a la Patagonia (Rosales, 1878), habiendo devuelto a sus tierras esclavos que mapuches y españoles habían cobrado entre los cazadores-recolectores patagónicos. Testigo de las tensiones que existían entre los diferentes grupos indígenas, participó de un parlamento multiétnico mantenido en el Neuquén hacia 1650. Describe al cacique Malopara: alto, muy pintado en



rostro y cuerpo, vestido con un quillango de jaguar, llevaba en una red cefálica muchas flechas emplumadas, con punta de pedernal blanco. Con una flecha en la mano, habló en mapuche y en su lengua propia (“puelche”). Otro de los caciques, Guinulbielu (nombre mapuche) “mató una vaca, que solo le había quedado, y era única en toda la tierra...” (Rosales, 1878: 435-437). Las reservas de alimentos eran a corto plazo.

El padre Nicolás Mascardi se decía preocupado por el distanciamiento que los imaginados Césares mantenían respecto de las buenas prácticas cristianas. Empeñado en localizarlos y volverlos al redil, hizo al efecto varios viajes desde Chiloé a la Patagonia. Es muy informativa su carta-relación de 1670 (Vignati, 1964). Por entonces, había un límite interétnico y lingüístico, con los poyas hacia el sur del lago Nahuel Huapi y del río Limay y un panorama más complejo hacia el norte, que Mascardi unifica bajo el término “puelches”. Todos eran ecuestres, flecheros y cazadores-recolectores que vivían en toldos y vestían quillangos de pieles de guanaco. Las tensiones interétnicas se dirimían en parlamentos de no más de dos días, que eran cuanto duraban las reservas de alimentos y de chicha.

Uno de los jefes que conoció Mascardi fue Mançuúvunai. Diferentes caciques de la zona Nahuel Huapi/alto Limay llevaron este nombre (y variantes), lo que sugiere estabilidad territorial y sucesión en el cargo (Fernández, 2006).



La presencia de Mascardi alarmó a indios de lengua mapuche (“aucas y pehuenches”¹), que conminaron a poyas y puelches a expulsarlo o matarlo. Y en efecto, Mascardi fue muerto por aborígenes en 1673 en el curso de otra exploración más meridional (Furlong, 1943:80). Las misiones creadas en la zona del Nahuel Huapi fueron asimismo destruidas, como lo serían las de las pampas de Buenos Aires (Furlong, 1943, Sánchez Labrador, 1936). La expulsión de los jesuitas de las posesiones de España (1767) significó el cese de su actividad en este ámbito y la pérdida de documentación valiosa.

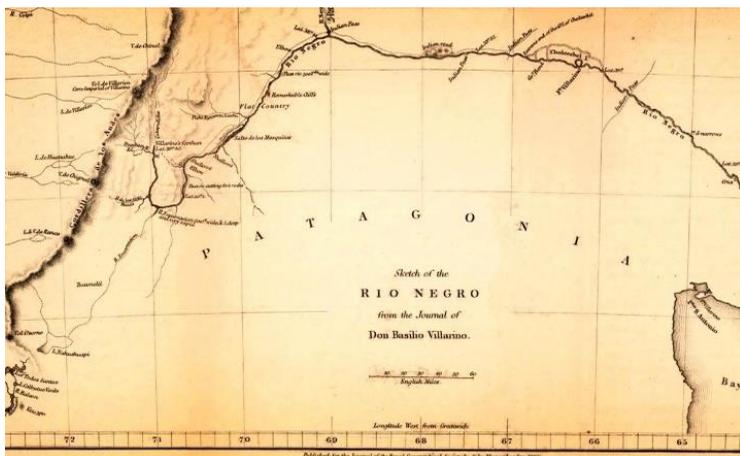
1.1.6. Reconocimiento de los ríos Negro, Limay y Collón Cura por el piloto Villarino

El interés de Inglaterra por la Patagonia, muy evidente hacia mediados del siglo XVIII, alarmó a los Borbones de España, que ordenaron, entre otras medidas, largos reconocimientos. Uno de éstos llevó al piloto gallego Basilio Villarino, en 1782-3, por vía fluvial, desde la desembocadura del río Negro hasta el País de las Manzanas (Villarino, 1837:3-131). Uno de los objetivos era tantear la comunicación interoceánica.

Villarino volcó en un diario su perspectiva de conquistador, realista y estratégica, que a poco le costaría la vida en Sierra de la Ventana (Villarino, 1837). También trazó

-
1. Se llamaban *aucas* a los indígenas de lengua mapuche no sometidos a alguna autoridad reconocida, como un cacique o gobernador. En cuanto al término *pehuenches* (en mapuche: *gente de la araucaria*), se aplicó en principio a quienes se situaban en los bosques de *Araucaria araucana*, pero se extendió luego a diversos grupos que vivían en los valles o en las cercanías de la cordillera (con o sin pehuenes), entre el sur de Mendoza y el Nahuel Huapi.

un mapa (Zeballos, 1958, frente a p. 80). No dejó de notar el activo tráfico de ganados marcados hacia Chile. En este mundo ecuestre, crecientemente integrado, el noroeste patagónico se interponía entre un área productora de ganado pero poco poblada, la Pampa Húmeda, y las comunidades de consumo indígenas e hispanocriollas del centro-sur de Chile.



Reproducción parcial de copia del mapa de Villarino

Al llegar a la confluencia de los ríos Limay y Collon Curá, Villarino prefirió remontar el segundo, por ser el más caudaloso. Aquí la economía de los pehuenches (como llama a los indígenas locales) era mixta, cazadora, recolectora y productora. Aunque vivían en toldos, cosechaban buen trigo y maíz, cebada y habas, y los que se asentaban en las faldas de la Cordillera tenían ranchos de paja y cultivaban lentejas, porotos y garbanzos. Compraban cueros de guanaco a los cazadores nómades autóctonos, “tehueletos, guilliches, leubus, chulilaquines y otros”, pero procuraban mantenerlos alejados para



evitar sus robos. Si los cazadores querían recoger manzanas o piñones de araucaria, debían pagar a los dueños de las respectivas tierras. Otro tanto sucedería en los tiempos de Musters, casi un siglo después.

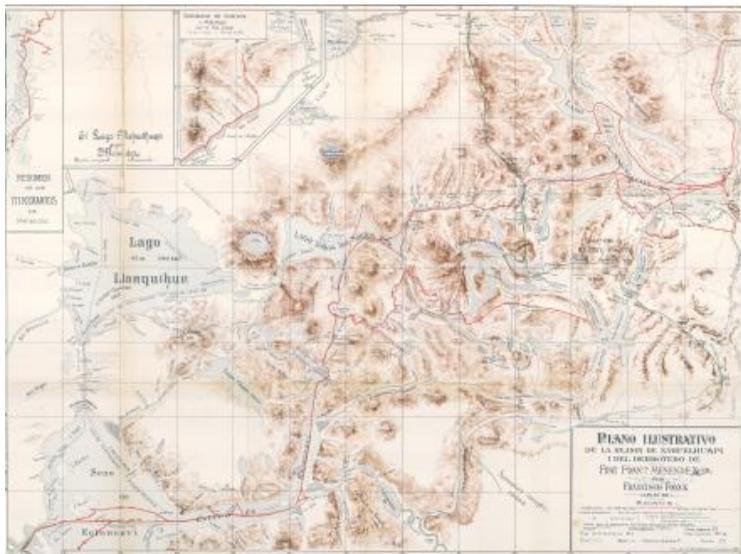
Villarino aun remontó el Limay una legua aguas arriba de la confluencia con el Collón Curá, lo que lo habría llevado hasta las cercanías de Paso Flores. Dejó anotadas la aridez de los terrenos y la existencia, en la margen oriental, de la tumba de un cacique, señalada por los cueros rellenos de paja de dos caballos, cada uno colocado sobre cuatro estacas, una práctica común desde Buenos Aires hasta Santa Cruz.

1.1.7. Viajes de Fray Francisco Menéndez

Los franciscanos continuaron, a su manera, la actividad misional de los jesuitas. Interesan aquí las exploraciones de fray Francisco Menéndez, orientadas en parte a la búsqueda de los Césares, cuya leyenda aún no se había extinguido. Constan en cuatro diarios de viaje centrados en el lago Nahuel Huapi y el alto Limay, realizados en los veranos de 1791 a 1794 (Fonck, 1896).

Los caciques comarcanos eran Mancúuvunai (a quien se llama “puelche”), Cayeco Ayejo y Colunahuel. Este último, de nombre mapuche, cruzaba el alto Limay mediante una balsa. Hacia el sur estaba el territorio de Chulilaquin, a quien por esta razón se nombra “huilliche” (huilli = sur). Este jefe podía convocar a más de 400 parciales, lo que lo hacía más fuerte que sus vecinos. Menéndez asegura que “los pogyas [poyas] se acabaron con las guerras”, afirmación un tanto desconcertante ya que persistía una lengua no mapuche al sur del Nahuel

Huapi. También, toma nota de la amistad entre Chulilaquin y Coluna y de las tensiones entre Mancúuvunay y Cayeco.



Viajes de fray Menéndez, en mapa trazado por Francisco Fonck (Fonck 1896, mapa fuera de texto).

Todos estos grupos vivían en toldos, vestían quillangos pintados y algunos utilizaban arco y flechas; éstas, rematadas en puntas de hierro barbadas. Tenían economía cazadora-recolectora pero asimismo productiva: criaban ovejas y arrojaban semillas de quínoa, trigo y cebada junto a los arroyos, de manera que cosechaba el primero que llegaba. Pagando con cueros de guanaco, compraban caballos y cuchillos a los pehuenches, que evidentemente controlaban los pasos cordilleranos. Supo el misionero que los aucas de Collón Curá (otro nombre para los pehuenches) sembraban trigo, cebada, papas y maíz, al mismo tiempo que procuraban mantener



alejados a los nómades, que hacían incursiones corsarias sobre sus ganados.

1.1.8. Los cuarenta días de Guillermo Cox en el País de las Manzanas

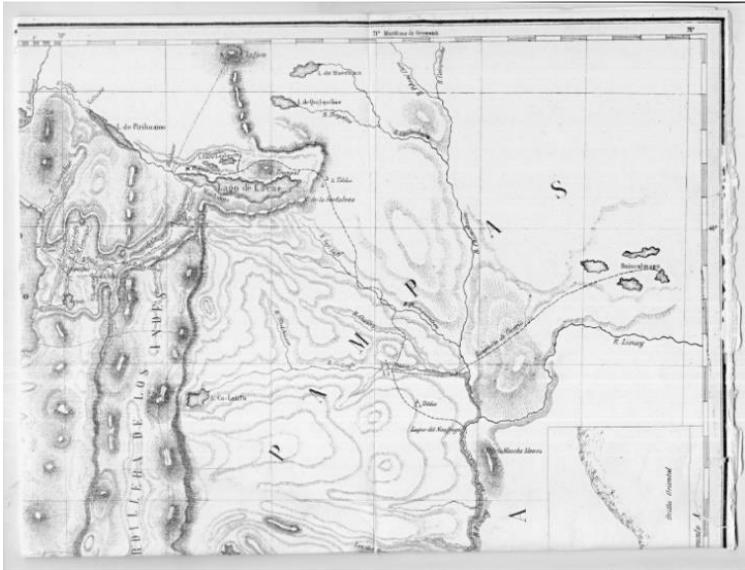
Es recién al cabo de medio siglo, ya pasadas las guerras de independencia, que volvemos a tener alguna información circunstanciada del País de las Manzanas. En enero de 1863, el explorador chileno Guillermo Cox trató de ganar conocimientos sobre la ruta bioceánica entre Chile y la costa patagónica y, más ampliamente, para avanzar en la colonización chilena de la Patagonia. Los propósitos de Cox fueron resumidos no muy precisamente por uno de sus descendientes, Pablo Huneeus (1998): “...hacer para la naciente república [Chile], un levantamiento del territorio, a la sazón chileno, al oriente de la cordillera hasta alcanzar el mismísimo Atlántico. O sea, de todo lo que va de Neuquén a las islas Diego Ramírez. Quería interesar al gobierno en abrir caminos para colonizar desde Llanquihue la Patagonia...” Poniendo manos a la obra, con algunos compañeros se embarcó río Limay abajo con la intención de alcanzar Carmen de Patagones, pero al naufragar cerca de Paso Flores todos fueron cautivados por los pehuenches del cacique Paillacán, situado en la Pampa de Alicurá (Cox, 1863). Mientras sus compañeros quedaron en rehenes, Cox debió regresar a Valdivia para obtener los bienes con que pagar el rescate.

Durante su forzada vida de toltería, Cox pudo conocer a los “huilli pehuenches” (pehuenches del sur, como se esfuerza en precisar), en su cotidianidad. Estos grupos corporizan la expansión mapuche en el País de las Manzanas. Aunque interesado en los procesos colonizadores ya en marcha y apoyado por el gobierno



chileno, Cox estaba desasido de restricciones institucionales, con lo que resulta un testigo moderadamente neutral. Físicamente - escribe- los huilli-pehuenches “tienen un tipo que se acerca más al de los Araucanos” que a los tehuelches del sur o patagones: son más bajos, tiene cara aplastada, tinte cobrizo, boca prominente, narices cortas, cabellos espesos. Vestían tanto ropa de lana (tejida en el asentamiento por las mujeres) como mantos de cuero de guanaco (el *quillango* o *hualalca*). Las mujeres “pampas” (tehuelches septentrionales) se cubrían con estos últimos. Las viviendas eran toldos desmontables y, a veces, chozas de paja. La lengua era el mapuche, aunque muchos hablaban “pampa”; sobre todo, mujeres casadas con manzaneros (huilli-pehuenches). Tenían esposas “pampas”, entre otros, el propio cacique y el influyente Inacayal. Cox percibió que la economía de los manzaneros estaba estrechamente ligada al gradiente de las precipitaciones: en los terrenos más húmedos (p. ej., cerca del lago Lácar) se cultivaba maíz, habas y arvejas, en tanto que en la estepa seca se vivía “a punta de manzana”. Aquí, la redistribución era insoslayable, en tanto la propiedad privada estaba más nítidamente dibujada entre los grupos agricultores (Cox, 1863:170). Se criaba ganado menor y caballos; vacas, pocas. La escasez de pastos obligaba a cambios de residencia. Tenían gallinas. En el Lácar se capturaban peces con cercos. Se hacían cacerías colectivas, a las que se convocaban a varios caciques (una práctica plenamente vigente hasta mediados del siglo XX -Paillalef en Álvarez 1968:291), y partidas de caza familiares que podían durar tres meses. Para las cacerías comunales se preferían la banda rionegrina del río Limay medio y las colinas neuquinas próximas a la laguna Carilauquen Grande, al este del Collón Curá. En este último paraje, dos días de cacería colectiva aportaron a los manzaneros 42 ñandúes, 14 guanacos y muchísimos

armadillos. La mayor parte del producido fue a los asentamientos (Cox, 1863: 158 y 190).



Fragmento del mapa de Cox (Cox 1863, mapa fuera de texto)

La zona de Alicurá no era tenida por buen territorio de caza mayor (Villarino, 1837; Musters, 1871: 192 y 226), probablemente porque habiendo asentamientos, varios pasos cordilleranos y considerable circulación, los animales se mantendrían alejados.

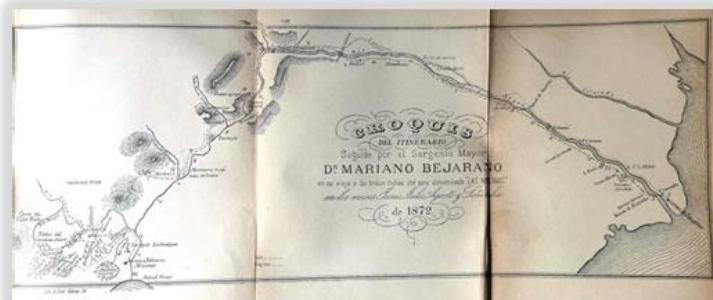
Como Mascardi y Moreno, Cox debió dejar apresuradamente el País de las Manzanas, bajo amenaza de vida. Esta territorialidad exacerbada, que obstaculizaba eficazmente el reconocimiento de los campos por parte de los extraños, tenía varias fuentes: la favorecieron los pasos cordilleranos (que permitían el cobro de aranceles y el asalto); los manzanos y las araucarias, recursos fijos de rendimiento alto y previsible, y la patente intención de los

estados nacionales de Argentina y de Chile de ocupar esas tierras, que a poco se materializaría.

1.1.9. El diario y el croquis del mayor Mariano Bejarano

Este militar fue enviado con una corta fuerza desde Carmen de Patagones hasta el País de las Manzanas en el invierno de 1872 para conferenciar con los caciques que recibían raciones del Gobierno y, a la vez, estimar sus fuerzas y la calidad de los recursos naturales (Bejarano, 1873; su croquis fue reproducido por Zeballos, 1958, frente a p. 112). Obviamente, el Estado nacional estaba considerando costos y réditos de un avance de la frontera.

En su diario, Bejarano anotó el intenso tráfico de ganados marcados hacia la Cordillera. Estimó que los dos caciques mayores Reuque Curá y Shaihueque totalizaban de 800 a 1000 hombres de guerra. Reuque, situado en las cabeceras del Picún Leufú, era hermano del poderoso Callfucurá. Desde los toldos de Shaihueque, junto al río Caleufú, en plena nevada, indígenas y soldados compartieron una boleada de choiques (ñandúes).



Croquis trazado por el sargento mayor Bejarano (tomado de Zeballos, 1958, mapa fuera de texto, frente a p. 112)



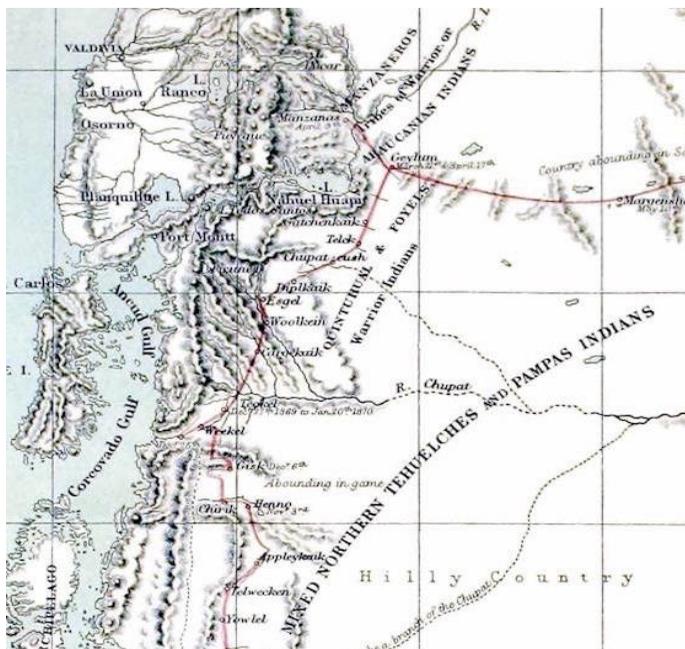
1.1.10. Musters en Las Manzanas

El capitán inglés George Musters cruzó diagonalmente la Patagonia en 1869-70, integrando una partida de indígenas tehuelches meridionales o (como él mismo los llama), patagones (Musters, 1871) que se dirigía a Carmen de Patagones. Declara haber tenido el propósito de dar a conocer el interior patagónico, las formas de vida de los tehuelches, sus relaciones y las diferencias con los araucanos y los pampas.

Entre el 2 y el 11 de abril de 1870, el grupo dejó su ruta para realizar una tensa visita al asentamiento del cacique manzanero Valentín Shaihueque (a quien Musters llama Cheoque), junto al río Caleufú. Si bien se cumplieron protocolos, se intercambiaron rehenes y hubo trueques y largos parlamentos, persistió la recíproca desconfianza entre los grupos. A la vez, la frecuencia de matrimonios interétnicos, incluso entre los personajes principales (también observada por Cox) sugiere una dirección hacia la amalgama cultural, aunque con un componente hegemónico de raíz mapuche. Si bien algunos recuerdos indígenas refieren una guerra étnica (Escalada 1948:48-49, 261-265), los tehuelches, pocos y sin jefaturas amplias, no hubieran podido sostenerla.

Los pocos días pasados en Las Manzanas le bastaron al muy agudo Musters (por entonces ya considerado un *caciquillo*) para constatar formas de vida similares a las que viera Cox siete años antes y algunas diferencias. Así, ambos coinciden en atribuir a los manzaneros mayor complejidad social que a los tehuelches. Los primeros estaban muy interesados en hacer esclavos y les daban un tratamiento riguroso que no recibían entre los segundos (Musters, 1871:186, 203). En una sociedad móvil, cazadora y casi sin excedentes como la tehuelche, el esclavo resultaba, ante todo, una

boca más y por añadidura, difícil de retener. En una comunidad asentada y productiva, como la de los manzaneros, un esclavo podía generar bienes por encima de su costo y era, por añadidura, un elemento de prestigio.



Fragmento del mapa fuera de texto de Musters (1871)

En tanto los jefes que conociera Cox tenían jurisdicción local, Shaihueque, anfitrión próspero, generoso y redistribuidor, había extendido su autoridad hasta los confines con Mendoza. Durante la visita, se renovó la alianza entre manzaneros y tehuelches *versus* la parcialidad de Callfucurá, ubicada hacia Salinas Grandes de La Pampa.

El asentamiento de Las Manzanas tenía el aspecto de una estancia, con cuatro toldos principales, grandes y hijos. El jefe, que



recibía raciones del gobierno, tenía un toldo anexo que servía de depósito. El poblamiento seguía siendo disperso (y el pasto, escaso), pero las órdenes del jefe principal circulaban a la velocidad del caballo y eran obedecidas al punto. Los manzaneros cazaban, cultivaban trigo, criaban vacas y ovejas y recolectaban manzanas, piñones, algarroba, etc. Como en el siglo anterior, demandaban de los tehuelches cueros de guanaco.

La percepción manzanera del momento le fue expresado a Musters, en buen castellano, por un anciano que había hospedado en su toldo a Cox. Era hermano del cacique Quintuhual. Afirmó que los chilenos estaban invadiendo (*encroaching*) desde un lado y los argentinos desde el otro, de manera que a los indios serían finalmente borrados de la faz de la tierra o deberían luchar por su existencia (Musters 1871:224-225).

1.1.11. Francisco Moreno y la expansión de los estados nacionales del extremo sur del continente

Francisco Pascasio Moreno, nacido en Buenos Aires, se interesó desde muy joven en las Ciencias Naturales. Fue incorporado a la Academia de Ciencias Exactas de Córdoba y recibió el apoyo de la Sociedad Científica Argentina para realizar en 1875 un viaje patagónico hasta el sur de Chile, habiendo sido uno de sus objetivos el conocer la vida indígena lejos de la frontera. En su trayecto, identificó claramente a los tehuelches del norte o *gennaken* (*gününaküne*), a quienes Cox y Musters llamaron “pampas”. Precisa que habitaban “en otro tiempo las sierras del Tandil y la Ventana”. Para considerar las solicitudes de Moreno, Shaihueque reunió en Caleufú a un consejo de ancianos y a 453 indios de guerra. Los ancianos se impusieron al gran cacique: Moreno no fue autorizado a cruzar a



Chile. Sí se le permitió llegar, y por poco tiempo, hasta el lago Nahuel Huapi, con la advertencia de que allí podría ser hostilizado por ciertos *gualichus* enanos, que habitaban en cuevas, y por los ruidos del monte Tronador (causados por desprendimientos de hielo).



Itinerarios generales del personal del Museo de La Plata. Tomado de Riccardi (2019), *Ideario de Francisco P. Moreno*. Fundación Museo de La Plata



El tenaz Moreno regresó en 1880, con los mismos objetivos, pero fue apresado por gente de Shaihueque y llevado a Caleufú. Los toldos estaban en el mismo lugar que cinco años antes, el cacique ya tenía cinco esposas y le respondían 800 lanzas. Por entonces, las tropas nacionales habían iniciado la ocupación de la Patagonia, lo que debe haber contribuido a que Moreno fuera cautivado. En extremo riesgo de vida, logró huir en balsa.

Las contribuciones de Moreno al conocimiento de la Patagonia y a la consolidación del Estado nacional fueron enormes (Riccardi, 2019). En cuanto al tema específico que nos ocupa, sus memorias (F. Moreno, 1969 y E. Moreno, 1979) contienen mucha información original, incluso en el plano de las creencias. Señalemos que asistió a un ritual en el que el oficiante, vestido con quillango y enmascarado, asustaba a mujeres y niños, lo que recuerda a la ceremonia *selk'nam* (ona) del *hain* (Gusinde, 1982).

1.1.12. La conquista militar del noroeste patagónico

El País de las Manzanas fue ocupado por el ejército argentino a principios de 1881, con lo que las parcialidades que lo poblaban dejaron de ser independientes. La mayoría de sus integrantes fueron compulsivamente relocalizados y muchos murieron. Cuando después de esas campañas militares Francisco Moreno pasó una vez más por Caleufú, encontró menos progreso que el que esperaba, lo que atribuyó a que "la tierra entre Junín de los Andes y Caleufú tiene sólo dos dueños" (Moreno, 1898:247). En efecto, la inmensidad de esas tierras poco valoradas quedó en unas pocas manos.



1.1.13. El País de las Manzanas hacia mediados del siglo XX

Para mediados del siglo pasado, contamos sobre el área que enfocamos con dos testimonios, bastante diferentes, coincidentes en muchos aspectos y algo contrastantes en otros. La hermana Inez Hilger (1891-1977), benedictina estadounidense, doctorada en sociología, antropología y psicología, realizó un estudio sistemático de las formas de vida araucanas, primero en Chile y más tarde (1951-52) en las cercanías de San Martín de los Andes, provincia del Neuquén. Si bien enfocó especialmente la niñez, de hecho, extendió su estudio a casi todos los aspectos de la cultura (Hilger, 1957).

Muy diferente es la historia de vida de don Pablo Paillalef, que se presentaba a sí mismo como aborigen argentino. Nacido hacia 1900 en Piedra Pintada, paraje próximo a Piedra del Águila, en la provincia del Neuquén, escribió una extensa carta al padre Oscar Barreto, con la finalidad de dar a conocer la vida de los *crianceros* (pastores de ganado menor) y de expresar el sentimiento mapuche, siempre presente, por la pérdida de lo que fueron sus recordados territorios (Paillalef, 1968). Tenía por entonces unos 65 años. El médico y folklorista neuquino Dr. Gregorio Álvarez incluyó este escrito en una compilación de temas regionales.

Pese al valor de la monografía de Hilger, en lo que sigue hemos preferido extraer algunos pasajes del personalísimo relato de Paillalef, un participante total de la vida tradicional del País de las Manzanas.

El territorio (“ejido”) de cada cacique comprendía una veranada y una invernada. Sus parciales se instalaban dentro de



estos límites. La vivienda era un toldo de cuero, una suerte de caserón que tenía cumbre y tijerales, sostenido con postes y estacas. Comprendía tres o cuatro ambientes separados por cortinas del mismo material, con el pelo hacia afuera para que no filtrara agua. Tenía forma de carpa amplia y podía desarmarse en partes, para distribuir el peso durante el transporte. El dormitorio era de cuero de guanaco, por ser más abrigado, bien costurado con venas de avestruz. La cocina era de cueros de potro para el invierno; en verano, el fuego se hacía a la intemperie. Se lo encendía golpeando dos piedras especiales sobre una pastita vegetal previamente chamuscada y conservada en un cuerno de vacuno.

Uno de los alimentos más apreciados era el nabo (*Brassica rapa*), que crecía silvestre en abundancia en ciertos parajes. A la comida se le echaba piñón molido. Se hacía chicha (muday) de piñón, molle (*Schinus* sp.), frutilla, quineu (zarparrilla, *Ribes magellanicum*), manzana silvestre o trigo. La sidra de zarparrilla se preparaba con agua en una canoa de madera. Se molía con las manos y se dejaba fermentar por dos días.

Las boleadas comunales se avisaban con 12 o 15 días de anticipación (para los cómputos, se hacía nudos en hilos) y duraban de tres a cuatro días. La jornada previa se hacía una rogativa. Aunque las tierras estaban divididas en estancias, el guanaco y el choique se consideraban “animal de campo”, sin dueño. En un solo galope, los boleadores formaban un cerco de legua y media. En el reparto de las presas, al que acompañaba al boleador le tocaba la picana (rabadilla o grupa) y un cuarto. El resto lo llevaba el que boleó. A la presa no se la degollaba:



al choique se le quebraba el cogote y al guanaco se lo desnucaba. Asistían a la cacería de seis a ocho mujeres, para acondicionar la carne y hacer charqui.

Ya en el asentamiento, el cacique supervisaba la distribución de lo obtenido. Un control más elevado lo ejercía Quiscailán, un hombre que en una reunión se presentó como el “dueño de los animales” de caza, aconsejando “con un corazón amable” que nunca debía olvidarse la rogativa previa a la boleada. Dicho esto, se hizo invisible.

Se conocía un veneno para las flechas, que era un secreto tehuelche.² La punta de hierro de la lanza era como la de la flecha.

Para preparar los cueros de guanaco, las mujeres limpiaban la parte interior mediante un raspador enmangado.

Con una greda color rojo claro (que se encontraba en una mina) amasada con médula de guanaco se hacía pintura facial, que se conservaba. Las mujeres se arreglaban las cejas con un hueso afilado llamado *guediñtún* (“arreglarse las cejas”) y se arqueaban las pestañas hacia arriba con un palito partido al que se le daba la forma del párpado inferior.

La elaboración de recipientes de cerámica era tarea de cierta especialización, ya que una persona expresamente destinada a este fin surtía al cacicato. La masa se colocaba sobre la tierra bien nivelada. Luego, se la estiraba y se la

2. Rosales (1877: 238) refiere que, tanto para la guerra como para la caza, los puelches envenenaban las flechas con savia de la raíz del colliguay (*Colliguaja integerrima*), una planta abundante en la estepa.



enroscaaba hasta la altura requerida. Una vez seca, se hacía un gran fuego alrededor para endurecerla.

El muerto era envuelto en un cuero y costurado. Todas sus pertenencias iban a la fosa. Su mejor caballo se ensillaba y se ahorcaba, para que el difunto “no vaya a pie al otro mundo”.

El cacique fallecido era sucedido por un hijo o por un “ayudante” que reuniera condiciones adecuadas.

1.1.14. Digresión sobre esencialismos

Hasta aquí, presentamos una selección de datos transmitidos por testigos. Lo que sigue son consideraciones más subjetivas, suscitadas por ciertas tensiones, vigentes en 2023, entre la sociedad nacional y las comunidades mapuches.

La calificación lisa y llana de una comunidad o de una cultura como “pacífica” o “belicosa” no toma en cuenta las circunstancias, los avatares, que la han condicionado. Supone que las conductas son un componente esencial de cada una, independiente de la trayectoria histórica; en última instancia, que son incausadas. Estos criterios esencialistas han llevado, en ciertos momentos históricos, a suponer que algunos grupos humanos eran intrínsecamente mejores que otros y, simétricamente, que otros grupos eran inferiores. Por su condición de tales, estos últimos merecían ser estigmatizados. En esta presentación, hemos procurado evitar estos esencialismos. Sinteticemos de nuevo los tiempos y los ámbitos.

Las etnias que se llamaron colectivamente “tehuelches” eran cazadoras y recolectoras; como tales, necesitaban espacios muy amplios para obtener sus recursos; en otros términos, eran



muy pocas personas por unidad de territorio. En el medio estepario que habitaban, la caza era más productiva que la recolección. Los caciques tenían poca autoridad, más de consenso que de mando, y de alcance meramente local.

Los mapuches, por su parte, ocupaban el centro-sur de Chile. Esta región boscosa era muy pobre en animales grandes y gregarios, lo que orientó la economía hacia el rico mundo vegetal (agricultura, horticultura, mucha recolección) y hacia una ganadería poco intensiva. La densidad demográfica al oeste de los Andes patagónicos era mucho más alta que en la vertiente opuesta.

También las historias eran diferentes. Los mapuches habían enfrentado en el norte de sus territorios la expansión incaica, que les provocó cierta compresión territorial. Fue la primera experiencia de qué era un imperio. La segunda experiencia fue la colonización española del centro-sur de Chile (la Araucanía, como aun hoy se la conoce). Los mapuches opusieron a estos avances imperiales un sistema político descentralizado que reconocía jefes de guerra (*tokis*), pero solo por tiempo limitado. Pese a su atomización en unidades potencialmente beligerantes entre sí, la Araucanía mantuvo su independencia más tiempo que otros territorios sudamericanos.

La superioridad numérica de los mapuches y su organización social más definidamente jerárquica hicieron posible que se asentaran en territorios que habían detentado los tehuelches. Indagaremos las razones de esta expansión.

En vísperas del desembarco español, la Pampa Húmeda, pobre en leña, en guanacos y en piedra para hacer instrumentos,



no era muy atractiva. Pero la colonización europea la convirtió en un territorio muy rico en animales grandes y medianos, cimarrones, baguales o domésticos, que los indígenas de las regiones del sur aprovecharon de muy distintas formas (caza, pastoreo, equitación). Éste fue el gran atractivo que indujo a los mapuches a extenderse hacia el oriente en tiempos posteriores a las fundaciones coloniales.

Ya a comienzos del siglo XVII se había establecido un intenso tráfico de ganados (principalmente equinos y vacunos) capturados en las pampas y transportados al centro-sur de Chile, donde eran pastoreados o vendidos. En su forma violenta, esta práctica consistió en el malón, al que recién pusieron fin las campañas del gobierno argentino de fines del siglo XIX. Así se consolidó un estado-nación que organizó sobre bases jurídicas un territorio disputado con la república de Chile. Aunque amenazados a veces, y precisamente ahora cuando se escriben estas líneas, esta unidad y este orden tienen amplio consenso en la población argentina. Las leyes de la República son de cumplimiento obligatorio en el territorio nacional (incluida, claro, la Patagonia) y ningún habitante puede alegar derechos especiales no reconocidos por las leyes. No es admisible, p. ej., el ejercicio de la violencia fundado en razones históricas o étnicas. El Estado nacional debe asegurar que las comunidades que lo integran (que pueden tener historias diferentes) convivan en paz. La única violencia admisible es la que legalmente ejerza el propio estado cuando sea inevitable. En las sociedades sin estado (como era la de los mapuches y la de los tehuelches), cada uno debía defenderse por sí, porque no había autoridad bastante para imponer la paz.



Había, entonces, más violencia interpersonal. En las sociedades estatales, el gobierno detenta el monopolio de la coerción legítima porque el ejercicio de la violencia se le ha delegado.



BIBLIOGRAFÍA

- ANESI, J. (1947) Nuevo atlas geográfico metódico universal. Buenos Aires: Peuser.
- ATLAS DE LA PROVINCIA DEL NEUQUÉN. (1982). Neuquén: Departamento de Geografía, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue.
- BEJARANO, M. (1873). “Diario de viage [sic] en el valle del Río Negro del Carmen de Patagones hasta el cerro nevado del Valle Rica [sic] y vice-versa.” Memoria del Ministerio de Guerra y Marina. Buenos Aires, pp. 348-359.
- CABRERA, G. L. (2000). Relaciones de la jornada a los Césares. 1625. Introducción, estudio preliminar y trascipción paleográfica de Oscar B. Nocetti y Lucio B. Mir. Santa Rosa: Universidad Nacional de Quilmes - Ediciones Amerindia.
- CASAMIQUELA, R. M. (1965). Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente. Bahía Blanca: Cuadernos del Sur.
- COX, G. E. (1863). Viaje en las rejiones [sic] septentrionales de la Patagonia. Santiago: Imprenta Nacional.
- CIAMPAGNA, M. L. y MANGE, E. (2017). “Primeros estudios arqueobotánicos del sitio cueva Epullán Chica (Depto. Collón Curá, Provincia del Neuquén)”. Anti Latinoamérica: una mirada desde el presente hacia el pasado. En HARO, M. T. de, et al. (compil.). pp. 167-183. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Aspha.



- CRIVELLI MONTERO, E. A. (2010). "Arqueología de la cuenca del río Limay". En MASERA, R F., coord. Los ríos mesetarios norpatagónicos. Aguas generosas del Ande al Atlántico. Viedma: Gobierno de Río Negro, pp. 261-338.
- CRIVELLI MONTERO, E. A.; PARDIÑAS, U.; FERNÁNDEZ, M. M.; BOGAZZI, M.; CHAUVIN, A.; FERNÁNDEZ, V. y LEZCANO, M. (1996). "La Cueva Epullán Grande (provincia del Neuquén, Argentina). Informe de avance". *Præhistoria.*; 2:185-265.
- CRIVELLI MONTERO, E. A. y RAMOS, M. (2023). El alero Nestares, un sitio de altura en la meseta de Corralito, sudoeste de Río Negro. Buenos Aires: EdUNLu.
- DOMEYKO, I. (1971 [1845]). Araucanía y sus habitantes. Buenos Aires y Santiago de Chile: Francisco de Aguirre.
- ESCALADA, F. (1949). El complejo "tehuelche". Estudios de etnografía patagónica. Buenos Aires: Instituto Superior de Estudios Patagónicos.
- FERNÁNDEZ, F.; DEL PAPA, L.; MANGE, E.; TETA, P.; CRIVELLI MONTERO, E. y PARDIÑAS, U. (2016). "Human subsistence and environmental stability during the last 2200 years in Epullán Chica cave (northwestern Patagonia, Argentina): A perspective from the zooarchaeological record". *Quaternary International*, 391, 11 enero: 38-50.
- FERNÁNDEZ, M. M. (2006). "Economía y sistemas de asentamiento aborigen en la cuenca del río Limay". *Memoria Americana*, 14:37-73.



- FLOREZ DE LEÓN, D. (1992 [ca. 1622]). Memorial. San Carlos de Bariloche: Museo de la Patagonia "Francisco P. Moreno".
- FONCK, F. (1896). Viajes de Fray Francisco Menéndez a la Cordillera, publicados y comentados por Francisco Fonck. Valparaíso: Niemeyer.
- FURLONG, G. (1943). Entre los tehuelches de la Patagonia. Buenos Aires: Talleres Gráficos San Pablo.
- GARAY, J. (1915 [1582]). "Carta de Juan de Garay diciendo a S.M. que en junio de 1581 despachó una carabela..." Santa Fe, 20 de abril de 1582. Anales de la Biblioteca [Buenos Aires], X:155-163.
- GOICOVICH, F. (2005). "Un informe inédito de Jerónimo Pietas sobre los indios del reino de Chile, 1719". Cuadernos de Historia, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, 24: 207-224.
- GUILLERMO, A., FERNÁNDEZ, F. y CORDERO, J. A. (2020A). "Impacto de la fauna exótica doméstica en la subsistencia humana en la cuenca superior del río Limay: la evidencia de Casa de Piedra de Ortega (Río Negro, Argentina)". Arqueología 26 (1): 171-195.
- GUILLERMO, A., FERNÁNDEZ, F. y CRIVELLI MONTERO, E. (2020B). "Zooarqueología y tafonomía del sitio Cañadón Las Coloradas 1 (Holoceno tardío, Río Negro, Argentina)". Chungará (Arica), ahead of print. Epub 28-Dic-2020.
- GUSINDE, M. (1982). Los indios de Tierra del Fuego. Tomo primero, volumen II. Buenos Aires: Centro Argentino de Etnología Americana.
- HARO, M. T. de et al., compiladores. (2017). *Anti. Latinoamérica: una mirada desde el presente hacia el pasado*. XI Coloquio Binacional Argentino-



- Peruano, octubre 2016, M. T. de Haro, Aspha y Centro de Investigaciones.
- HILGER, M. I. (1957). Araucanian child life and its cultural background. Washington D.C.: Smithsonian Miscellaneous Collections, 133.
- HUNEEUS, P. (1998) “El tata Guillermo”. *Urbi et Orbi*, 21 de diciembre de 1998.
- LEVILLIER, R. Compil. (1915). Correspondencia de la Ciudad de Buenos Aires con los Reyes de España. Buenos Aires: Municipalidad de Buenos Aires.
- MARTINIC, M. (2007). “Los Césares de la Patagonia, ¿otra fuente indígena para la leyenda o una hasta ahora desconocida creación del imaginario aónikenk?” *Magallania* (Chile), 35 (2), pp. 7-14.
- MILLÁN, R. (1942). “Silo araucano para conservar papas”. *Revista Argentina de Agronomía*, 9, pp. 69-74.
- MORENO, E. V. (1979 [1942]). *Reminiscencias de Francisco P. Moreno*. Buenos Aires: Eudeba.
- MORENO, F. P. (1898). “Apuntes preliminares sobre una excursión a los territorios de Neuquén, Río Negro, Chubut y Santa Cruz”. *Revista del Museo de La Plata*, 8 (2a. parte), pp. 200-281.
- MORENO, F. P. (1969 [1879]). *Viaje a la Patagonia austral. 1876-1877*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- MUSTERS, G. CH. (1871). *At home with the Patagonians*. Londres: John Murray.
- NOCETTI, O. R. y MIR, L. B. (1997). *La disputa por la tierra. Tucumán, Río de la Plata y Chile, 1531-1822*. Buenos Aires: Sudamericana.



- OLIVARES, M. de. (1874 [c. 1738]). Historia de la Compañía de Jesús en Chile (1593-1726). Colección de historiadores de Chile i de documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VII. Ed. Diego Barros Arana. Santiago: Imprenta Andrés Bello.
- PAILLALEF, P. (1968). “Apéndice. Manuscrito de don Pablo Paillalef”. En ÁLVAREZ, G. (1968). El tronco de oro. Folklore del Neuquén, pp. 281-309. Buenos Aires: Pehuén.
- PALERMO, M. A. (1986). “La expansión meridional de los camélidos domésticos en América: el caso del hueque de Chile”. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, 17 (1), pp. 67-79.
- RICCARDI, A. C. (2019), *Ideario de Francisco P. Moreno*. Colección Idearios Argentinos, 5. Fundación Museo de La Plata.
- ROSALES, D. (1877 [1674-77]). Historia general del Reyno de Chile. Flandes indiano, I. Editor Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso: Imprenta del Mercurio
- ROSALES, D. (1878 [1674-77]). Historia general del Reyno de Chile. Flandes indiano, III. Editor Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso: Imprenta del Mercurio.
- SÁNCHEZ LABRADOR, J. (1936). Los indios Pampas - Puelches - Patagones. Buenos Aires: Viau y Zona.
- SILVEIRA, M. J. y CORDERO, J. A. (2023) “Zooarqueología”. En CRIVELLI MONTERO, E. y RAMOS, M. (2023), pp. 161-195.
- VIGNATI, M. A. (1939). “Los indios poyas”. Notas del Museo de La Plata, 4, Antropología, 12, pp. 211-244.



- VIGNATI, M. A. (1964). “Antecedentes para la protoetnografía del norte de la Patagonia”. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, 34 (2), 1963, pp. 493-525.
- VILLALBA, R. (1994). “Tree-ring and glacial evidence for the Medieval Warm Epoch and the Little Ice Age in southern South America”. Climatic Change, 26, pp. 183-197,
- VILLARINO, B. (1837). Diario del piloto de la Real Armada, don Basilio Villarino, del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782. Buenos Aires: Imprenta del Estado, pp. 3-131).
- VISINTIN, L. (1955). Atlante universale. Novara: Instituto Geografico De Agostini.
- ZEBALLOS, E. (1960) [1881]. Viaje al país de los araucanos. Buenos Aires: Hachette.

MAPA p. 86

Mapa de la parte central y meridional del llamado “País de las Manzanas”. Se indican aproximadamente algunos de los puntos alcanzados por testigos citados en este trabajo. La base cartográfica se tomó de <https://maps-for-free.com/>

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

COLECCIÓN DE SEPARATAS TEMÁTICAS 1

Dra. Damasia Becú de Villalobos
Académica Sitial Germán Burmeister
Presidente de la ANCBA

PRÓLOGO

MÚLTIPLES DIMENSIONES DE LA CUESTIÓN SOBRE LAS TIERRAS ABORÍGENES EN LA ARGENTINA 3

Dr. José Braunstein
Académico Sitial Florentino Ameghino
Director de los ANALES de la ANCBA

LOS ABORÍGENES EN LA PATAGONIA EN LA ÉPOCA DE F.P.

MORENO, SIGLOS XIX Y XX 15

Dr Alberto C. Riccardi
Académico Sitial Francisco Pascasio Moreno
Museo La Plata, ANCBA

EL PAÍS DE LAS MANZANAS (SUR DEL NEUQUÉN) VISTO POR

TESTIGOS (1620 – 1965)..... 85

Dr. Eduardo Crivelli
Académico Sitial Juan B. Ambrosetti
ANCBA

